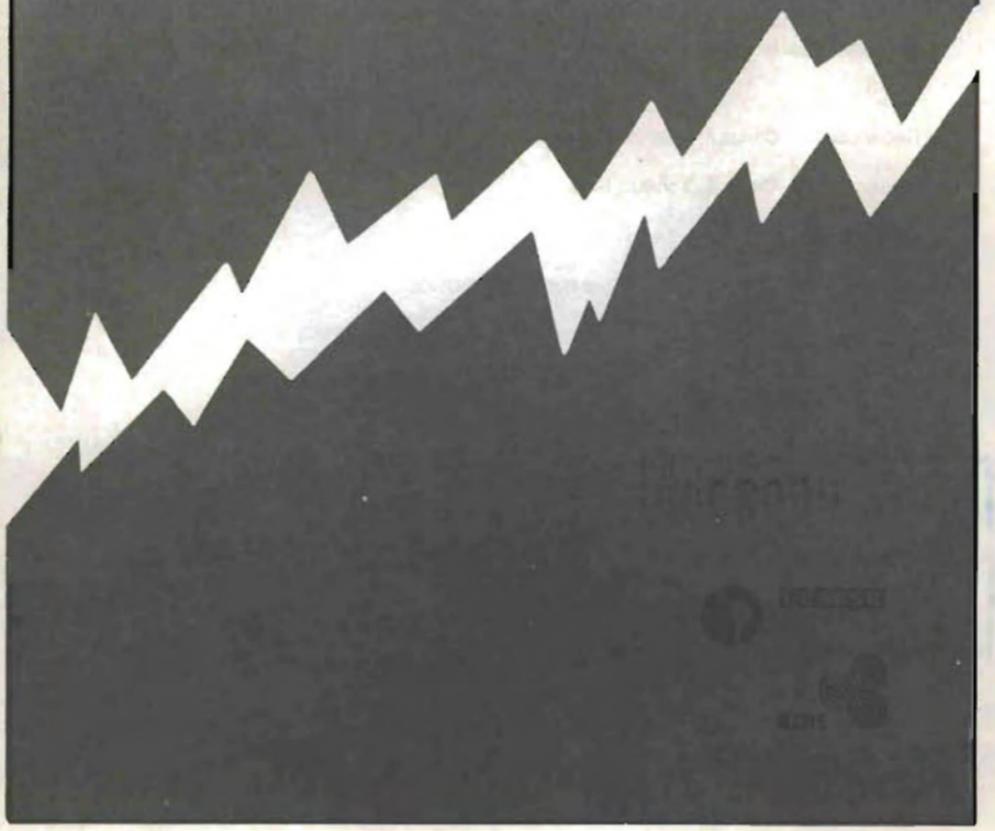


S. Pacheco 4 Sept/72

Este es un Obsequio del Instituto Iati-
noamericano de Investigaciones Sociales
ILDIS—BOLIVIA

**CRISIS
DEL SINDICALISMO
EN BOLIVIA**



BIBLIOTECA - FLACSO - E C

Fecha: 4 septiembre 2002

Compra:

Proveedor:

Canje:

Donación: S. Pawan.

Depósito Legal No. 4-1-495-87

Redacción: Carlos F. Toranzo Roca

Edición: Carlos F. Toranzo Roca

Diseño Tapa: Ana María Bravo

Impreso en Bolivia por Editorial Offset Boliviana EDOBOL

Printed in Bolivia

REF: 00023065

CUT: 20570

BIBLIOTECA A. PAVAN

331.8
552c

INDICE

PRESENTACION

INTRODUCCION	9
--------------------	---

Características y Situación del Movimiento Sindical Boliviano

Bolivia: El Movimiento Sindical y la Crisis	17
Gustavo Rodríguez O.	
Carlos Böhrl I.	
Comentaristas: Oscar Salas	45
René Mayorga	53
Debate: Características y Situación del Movimiento Sindical	59

Crisis del Sindicalismo Minero

Notas sobre la Crisis del Movimiento Minero Boliviano	71
Magdalena Cajas	
Comentaristas: Edgar Ramírez	93
Sinforoso Cabrera	101
Debate: Crisis del Sindicalismo Minero	107

El Sindicalismo Fabril

El Movimiento Sindical Fabril (Los fabriles de La Paz como punto de referencia)	115
Juan del Granado	
Comentarista: Felipe Tapia	161
Debate: Sindicalismo Fabril	167

Sindicalismo de los Sectores Medios

Los Trabajadores del Estado y del Banco Central de Bolivia (1982 - 1985)	175
María Isabel Arauco	

Comentaristas: Eusebio Gironda	201
Miguel Fernández	209
Debate: Sindicalismo de los sectores medios	215
Sindicalismo Campesino	
La CSUTCB. Elementos para entender su crisis de Crecimiento	223
Victor Hugo Cárdenas	
Comentario: Julio Mantilla	235
Debate: Sindicalismo Campesino	241
Problemas y Perspectivas del Movimiento Sindical Boliviano	
El Movimiento Obrero: Crisis y Opción de futuro de la COB	251
Jorge Lazarte	
Panel: Problemas y Perspectivas del Movimiento Sindical Boliviano	293
Anexo	
Lista de ponentes, comentaristas y panelistas	307

**Características
y Situación
del
Movimiento
Sindical**

BOLIVIA: EL MOVIMIENTO SINDICAL Y LA CRISIS

**Gustavo Rodríguez O.
Carlos Böhrt I.**

1. INTRODUCCION

Los resultados arrojados por el XXI Congreso Nacional Minero, que después irían a repetirse en casi todos los eventos sindicales posteriores, constituyen con seguridad manifestaciones de procesos sociales que, a esas alturas, habían adquirido una densidad tal que ni siquiera las prácticas tradicionalmente fuertes del sindicalismo minero pudieron impedir que se expresaran a través de la FSTMB. El Congreso Extraordinario de Siglo XX, unos meses después, tan sólo confirmaría que algo complejo estaba aconteciendo, o por lo menos diferente.

Los quiebres producidos en el Congreso Petrolero, en el de Maestros Urbanos y, sobre todo, el que se dio en el III Congreso de la Confederación Sindical Unica de Trabajadores Campesinos (CSUTCB), constituyeron a su modo adelantos del conjunto de temas que agitarían las deliberaciones del VII Congreso Nacional Ordinario de la Central Obrera Boliviana (COB)(1) y, por supuesto, de los resultados con los que culminaría el máximo evento sindical del país.

Después de 35 años de rígido, aunque carismático, control personal de la cúpula dirigente de la COB, a contar desde su fundación (abril de

(1) El VII Congreso de la COB, reunido el mes de julio en Santa Cruz, se convirtió en una suerte de segunda instancia de los conflictos internos que habían dividido a petroleros, bancarios, trabajadores de la prensa, y, sobre todo, a los campesinos. Gran parte del tiempo útil del VII Congreso se consumió en esas discusiones.

1952), Juan Lechín Oquendo fue desplazado de la Secretaría Ejecutiva de la Central Obrera y lo fue nada menos que por el Primer Secretario del Partido Comunista. La COB había decidido no sólo desprenderse del hombre que la dirigió desde su fundación sino que, además, lo reemplazó no por otro "líder" sino por un equipo o inclusive por una corriente de pensamiento. Ciertamente estos acontecimientos sindicales no pueden sino estar canalizando procesos sociales de fondo que ya se dieron o se dan actualmente.

Lo anterior es lo menos que puede comentarse respecto a un movimiento obrero que tuvo vitalidad y fortaleza como para generar una insurrección popular triunfante (abril de 1952), ceder a continuación el poder a otra clase y, no obstante, luchar permanentemente por conquistar y preservar su independencia política hasta cristalizar una experiencia con connotaciones de poder dual como la de la Asamblea Popular del año 1971. En efecto, todo cuanto viene aconteciendo descaradamente ante los ojos de los trabajadores no podría explicarse de otro modo que no sea mediante un esfuerzo por aprehender toda la complejidad que rodea a estos acontecimientos, dado que, por ejemplo, no existe vinculación lógica inmediata entre la COB de nuestros días y el amplio movimiento de masas que se articuló en noviembre de 1979, cuando desde la Central Obrera Boliviana los "tanques fueron derrotados con ladrillos". ¿Cómo explicar, pues, la **densidad hegemónica** demostrada en aquellos sucesos por el proletariado boliviano (sin olvidar las elecciones de esos años, y por supuesto, la propia UDP) y la situación actual que -en sentido inverso a la anterior- puede caracterizarse como de **disfunción hegemónica**? (2)

Entre el VI y el VII Congresos de la COB, al margen por cierto de cualquier esquema explicativo, notoria y paulatinamente el máximo organismo laboral fue perdiendo capacidad de convocatoria que, a su turno, pareciera ser apenas una consecuencia de su debilitamiento político y de una reducción de su credibilidad social. Decenas de reuniones, "ampliados", declaratorias de emergencia, marchas, etc. terminan sin la respuesta y efectividad sociales que tradicionalmente caracterizaban a la COB. Tan evidente fue todo ello que algunos analistas se esfuerzan por demostrar que lo que existe es una "crisis de identidad"

(2) Mayores elementos en torno al concepto de "densidad demográfica" pueden encontrarse en René Zavaleta Mercado, "La Acumulación de Clase del Proletariado Minero en Bolivia", mimeo, 1981, México, págs. 8 y ss.

del movimiento sindical o una "crisis de credibilidad".(3)

Al calor de las luchas políticas, por otro lado, y junto a esas diversas crisis que se buscan explicar, corrientemente se desliza la idea de que, además de factores estructurales, fueron las direcciones sindicales -que respondían a una u otra corriente- las que con su accionar equivocado ocasionaron, o profundizaron, el debilitamiento del movimiento sindical. Es esta una visión de las cosas que únicamente elude la complejidad de los hechos reduciendo la riqueza de la historia y subordinándola a la predominancia de factores subjetivos; con o sin eufemismos es ésta una reminiscencia de la ya olvidada "concepción heroica de la historia".

Creemos, por el contrario, que la situación actual constituye el resultado, el depósito, del devenir global de la sociedad boliviana de las cuatro últimas décadas. Y no se trata de un historicismo a ultranza cuyo fin sería el de suplir una carencia metodológica apelando al "devenir" social, con lo que únicamente se conseguiría hacer del movimiento un impulso explicativo metahistórico. Todo hecho social es siempre resultado del pasado. Es ésta una explicación que, sin embargo, puede servir tan sólo para forzar la historia y acomodarla a un esquema más o menos arbitrario. Habrá, por lo tanto, que desagregar cuidadosamente la propuesta metodológica aquí presentada para evitar que se convierta simplemente en un recurso lógico abstracto.

En suma, los esfuerzos analíticos deberán apuntar a la superación definitiva de cualesquier reminiscencias de la "concepción heroica de la historia" y a la elusión de formalismos en la lectura de la sociedad. Pero, contra tales designios conspiran el carácter y los límites de esta ponencia que en ningún caso permiten ir más allá de la identificación de líneas o de "pistas" de trabajo. En esa medida no podrá eludirse un alto componente descriptivo de las temáticas que si bien no es lo más aconsejable para la comprensión de los hechos, por otra parte, refleja el estado real en el que se encuentran las disponibilidades de análisis teórico y empírico del tema, al margen de que la estación descriptiva suele preceder a los desarrollos analíticos.

(3) Véase, por ejemplo, Jorge Lazarte, "Crisis de Identidad y Centralidad Mine-
ra" y "La COB en la encrucijada y su opción de futuro", periódicos Presen-
cia y Hoy, respectivamente.

Con todos estos recaudos metodológicos pueden intentarse formular una hipótesis de trabajo: **el debilitamiento del movimiento sindical boliviano es resultado de su pérdida de centralidad política antes que de simples problemas de dirección.** Se trata, como se verá, de una hipótesis ubicada en el plano estructural o que privilegia este plano. Se busca abordar el "objeto" de estudio desde la estructura antes que desde los cambios coyunturales. Por eso y porque el nivel de conocimiento colectivo de nuestro tema así lo imponen, el componente descriptivo todavía será alto en esta ponencia.

Formulada la hipótesis de trabajo, la primera exigencia a enfrentar es la de delimitar los alcances de la variable "centralidad política". Digámoslo con Massimo Cacciari: "El centralismo obrero existe, si existe por parte de las organizaciones del movimiento obrero un proyecto político en condiciones de **demostrarse central** para la afirmación de la exigencia política de aquellos estratos (...) empeñados en la organización de demandas políticas de cambio..."(4)

Hay, pues, un emparentamiento entre el concepto de "centralidad política" y el de hegemonía, sin que, por ello, exista sinonimia entre ambos. La hegemonía surge a través de y abarca una multiplicidad de dimensiones de la vida social que se encuentran fuera del campo semántico del concepto de "centralidad política", en tanto que este último se restringe al ámbito del **proyecto político**, visto como un conjunto de propuestas que, en directa sintonización con necesidades e intereses de clases y grupos, promete ordenar el funcionamiento de la sociedad en un sentido determinado. Está claro, por tanto, que no puede existir hegemonía, ni acción hegemónica, sin un sujeto portador del proyecto político que otorga dirección a la acción, es decir, sin cen-

(4) En: Cacciari, Massimo et.al., "Teoría Marxista de la Política", Pasado y Presente, Siglo XXI Editores, México. El concepto de "centralidad" aquí utilizado difiere sustancialmente del que aparece en los trabajos de Lorge Lazarte. Este último concibe la centralidad en términos de lugar, se trata casi de un concepto topológico. Tal extremo se desprende de la siguiente transcripción: En el núcleo de sus representaciones estaba la idea de que el centro obrero, es al mismo tiempo el centro del país, y que la COB es una estructura representativa..." (vid. "La COB en la encrucijada y su opción de futuro").

En cambio el sentido que aquí se le da a la centralidad es más bien un sentido funcional. Sin embargo para ser rigurosos, debe reconocerse que a ratos Lazarte parece orientar por ese rumbo sus reflexiones, aunque nunca parece ir más allá de la simple descripción.

tralidad política. Y, a la inversa, esta última nunca terminará de **demostrarse central** si el sujeto que aspira a ella no se asienta en condiciones estructurales que le permitan una proyección hegemónica o le asignen una "potencia hegemónica". No se trata, por tanto, de la simple "irradiación", o influencia, que una clase social ejerce sobre su entorno como parece sugerir Zavaleta Mercado en "La Acumulación de Clase del Proletariado Minero en Bolivia".(5)

El debilitamiento actual del movimiento sindical, en consecuencia, sería resultado de la pérdida de eficacia social del proyecto político de la clase obrera boliviana. O Dicho de otro modo: el proyecto político de esta clase ha dejado de "demostrarse central" para la afirmación y articulación de las exigencias políticas de cambio de las clases subalternas. Intentaremos identificar las principales líneas de trabajo que guardan relación con la hipótesis de trabajo.

2. LA COB Y EL ESTADO DEL 52

Se ha dicho muchas veces, y lo repetimos aquí, que la insurrección popular de abril de 1952 abrió los cauces y posibilitó el despliegue de una revolución democrático burguesa. Definidos así el contenido de clase y los límites de las transformaciones sociales que se inician en 1952, en esta ponencia únicamente interesa acercarnos a algunas dimensiones que permitan el abordaje de nuestro "objeto" de estudio, es decir el diagnóstico del movimiento sindical en nuestros días.(6)

Habría que decir, como antecedente que permite ubicar de mejor manera la significación histórica de aquellas transformaciones, que los sucesos de abril reformularon las relaciones de producción, la trama de las relaciones y articulaciones entre las clases sociales y, a partir de las anteriores, la forma, contenidos y funciones del Estado. El impulso de la insurrección permitió modificar la estructura económica, la estructura social y la contextura del andamiaje político-estatal de la formación social boliviana. En este contexto, ¿Cuáles las líneas centrales de las reformulaciones producidas en el ámbito de las relaciones

(5) Vid. supra 2.

(6) Se ha escrito bastante sobre la insurrección de 1952, véase especialmente Zavaleta Mercado, "El Poder Dual", Siglo XXI Editores; Lora Guillermo, "La Revolución Boliviana", edic. Masas; Böhr, Carlos, "Populismo y Sociedad en Bolivia", Revista de Derecho y Ciencia Política, UMSA.

entre el Estado y las clases subalternas, especialmente asalariados?
¿Cuáles las transformaciones en las relaciones Estado-sindicatos?

Ciertamente puede postularse que el ámbito de las colindancias entre las clases sociales y el Estado, incluida la temática del poder, configura lo sustancial de lo que se denomina el "espacio" o "escenario político". La insurrección de 1952 fue, en tal sentido, el mecanismo que abrió las puertas de ese espacio o escenario a la irrupción del torrente popular, o lo que es lo mismo, las clases subalternas conquistaron un lugar, en igualdad de condiciones, junto a los estratos dominantes. Consecuencia de ello, resulta obvio decirlo, todas las organizaciones de aquellas adquirieron importancia, sobre todo los sindicatos.

Pero no sólo eso, sino que, debido a la más que deficiente comprensión del rol jugado por los distintos actores y clases sociales en el período preparatorio de la insurrección, se introdujeron fuertes sesgos obreristas tanto en la lectura de la sociedad como en la actuación práctica de los sindicatos, partidos y fuerzas políticas. Al decir de René Zavaleta, la eficacia demostrada por la clase obrera, especialmente por su segmento minero, durante el período 1946-52, con su remate insurreccional de abril, permitió la "erección de la leyenda obrera". El proletariado minero -continúa Zavaleta- se inundó de una "sicología triunfalista, ultimativista y obrerista"(7). De manera que la línea central de las transformaciones en el ámbito de las relaciones Estado-clases subalternas apuntó a una suerte de "plebeyización" de la política con sesgo obrerista. No debe extrañar, entonces, que concurrendo otros factores adicionales -de los cuales nos ocuparemos líneas adelante- la "leyenda obrera" se haya depositado también en una suerte de "leyenda sindical".

El resultado de todo ello fue algo así como una homogeneización, quizás convenga decir una "estandarización", de la trama formada por las relaciones y articulaciones entre las clases sociales. No es conveniente referirse a esos cambios con la idea de "modernización", dado que ésta puede darse de diversos modos, incluidas formas heterogéneas asentadas en marcadas diferencias sociales. En el caso boliviano, por el contrario, estamos hablando de una gráfica social sin picos ni valles pronunciados. Dicho sea de paso que a partir de esa trama homogeneizada, a lo largo de las décadas 50, 60 y 70, se fue construyendo

FLACSO
ECUADOR

(7) V. op. cit., pág. 14.

una nueva estructura de clases sociales, cuya gráfica, sin lugar a dudas, es hoy notoriamente distinta a aquella surgida de la insurrección.

Sobre este tejido social, fuertemente teñido por la "leyenda obrera", se edificó asimismo el Estado populista que reemplazó al de la oligarquía. Como no podía ser de otra manera, dada su base social, se trataba de un aparato político sensible y abierto a las demandas y exigencias de las clases subalternas, las cuales, a su vez, incorporaron a su visión de la política y a su experiencia de lucha el enfrentamiento directo con el Estado como algo posible, permanentemente al alcance de sus fuerzas y, además, relativamente eficientes e impune (es decir sin grandes posibilidades de respuesta violenta por parte del Estado). Semejante sistema político no podía funcionar sin una complicada y resistente red de instancias de mediación entre el Estado y las clases subalternas. Instancias que, del lado del Estado, hicieran posible la asimilación del estilo beligerante de actuación política de los trabajadores, preservando así la unidad e integridad del sistema de dominación política, a la par que, del lado de los explotados, sirvieron para encubrir el carácter y contenidos clasistas del Estado y de todo el sistema de dominación.

Conviene poner énfasis en dos facetas distintivas de esa intrincada red de instancias mediadoras. Por un lado, se trataba generalmente de lugares con una fuerte condensación ideológica (piénsese por ejemplo en el "control obrero") y, por otro, de mecanismos que, casi siempre, tenían un remate sindical (recuérdese, al respecto, el origen del mandato de los llamados "Ministros obreros" o el "pacto militar-campesino").

La conclusión de lo dicho hasta ahora parece fluir con facilidad: los sindicatos y la COB formaban parte de esa red de mecanismos de mediación entre el Estado y las clases subalternas. A ello se debe que en Bolivia la COB haya sido siempre algo más que un sindicato y que el sindicalismo opere como un "pacto político difuso y no sólo como instancia defensiva en el seno del Estado"(8). Y lo fue desde ambas direcciones: como una consecuencia de la "leyenda obrera" incubada alrededor de la insurrección de abril y como una determinación estatal extraída del tejido social "estandarizado" por la insurrección. La concien-

(8) Zavaleta Mercado, René "Autodeterminación y Democracia en Bolivia (1978-1980)", mimeo, 1980, México, págs. 22-23.

cia social (mucho más en su versión popular) adoptó el "mito sindical" y la estructura social aceptó al sindicato en un "lugar" central.

De esa manera en los años posteriores al 52 se fueron tejiendo innumerables y sutiles lazos de vinculación entre el Estado y los sindicatos. Desde una invisible, aunque no por ello menos efectiva, red de impuestos y gravámenes a diferentes sectores de la economía y de la población cuyas recaudaciones beneficiaban y mantenían a las organizaciones sindicales (lo cual nos está hablando ya de la dependencia económica de los sindicatos) hasta los canales de consulta mutua permanentemente abiertos entre los gobiernos de turno y la dirigencia sindical, aun en periodos de dictadura como el del Gral. Barrientos (1964-67).

Habría que discutir si el carácter sindicalista de la clase obrera boliviana tiene un origen ya en el periodo anterior a 1952, lo que equivaldría a postular que cuando el proletariado boliviano se constituyó como clase política lo hizo incorporando en su acervo ese carácter sindicalista. Habría que plantear entonces, dejando de lado su trasfondo hegeliano y los cuestionamientos teóricos claves que se le pueden hacer al mismo, que en el esquema del tránsito de la clase en sí a la clase para sí, los obreros bolivianos no utilizaron la entidad partido sino la entidad sindicato(9). O por el contrario, si esa orientación sindicalista no fue sino una consecuencia más de las transformaciones estructurales posibilitadas o perfeccionadas por la insurrección. En este último caso, por lo demás, parece visualizarse de mejor manera la influencia que el nacionalismo revolucionario -visto como ideología y como paradigma y no simplemente como lo primero- pudo haber ejercido para que tal resultado aconteciera.

Sea como fuese, lo cierto es que en las tres a cuatro últimas décadas, en Bolivia, se dio una clara superioridad de la forma sindicato frente a la forma partido, la COB fue permanentemente más que cualquier partido y lo propio la FSTMB. Todo ello sin olvidar que, no obstante, los partidos jamás estuvieron desligados de los sindicatos, aunque al parecer se invirtió el sentido de la correa de unión entre ambos. Si en el marxismo clásico el sindicato representa la correa de trans-

(9) La idea de la superioridad de la entidad sindicato fue formalizada con mucha nitidez por Zavaleta Mercado ("La Acumulación de Clase...", pág. 18), la misma que después será tratada por Filemón Escóbar, Jorge Lazarte y otros.

misión entre el partido y las masas, en Bolivia, al menos después de 1952, el sindicato fue la correa de vinculación entre el partido y el Estado.

Remarcable, por tanto, el rol intermediador de la COB. Canalizó y suavizó las demandas y beligerancia de las clases subalternas, a la par que moderaba y regulaba las relaciones entre el Estado y los partidos que, de otro modo, podían desarrollar potencialidades antiestatales. He aquí las funciones que durante algo más de cuarenta años fueron eficientemente personificadas por Juan Lechín Oquendo. De ahí nacía su fuerza, pero también su esterilidad transformadora y contrahegemónica.

En sentido dialéctico, la COB claramente poseía una doble naturaleza: en la medida en que se demostraba central para organizar y articular las demandas de cambio de las clases subalternas, constituía un nítido instrumento dotado de centralidad política, pero, en sentido inverso, al mismo tiempo otorgaba consistencia y efectividad a los mecanismos de mediación entre el Estado y los dominados. Puede explicarse, entonces, cómo es que en una oportunidad la COB retrocede a la milicia obrera y campesina al control obrero y, en otro caso, avanza hacia la Asamblea Popular.

Digamos para terminar esta parte que así como su naturaleza fue contradictoria, su función histórica también lo fue. Por un lado, posibilitó la consolidación de la revolución democrático burguesa después de 1952, imponiendo inclusive las más importantes transformaciones democráticas (léase: reforma agraria y nacionalización de las minas), pero, por otro, prácticamente impidió que la clase obrera y los explotados desarrollasen las potencialidades revolucionarias de la insurrección de abril y del proceso subsecuente. A lo mejor entre los impedimentos habría que incluir los obstáculos para que la clase obrera avance hacia la forma partido de una manera creativa.

3. CRISIS ORGANICA Y MOVIMIENTO POPULAR

Denominamos aquí crisis orgánica a lo que en lenguaje gramsciano sería la crisis o descomposición de un bloque histórico, vale decir la descomposición de un sistema social, desde la base económica hasta la superestructura. Así, la crisis actual actual que aqueja al país vendría a ser una típica crisis orgánica.

De manera semejante al método de exposición utilizado en el subtítulo anterior parece conveniente, primero, describir lo sustancial del bloque histórico que hoy estaría en descomposición para, después, intentar detectar el impacto de la crisis sobre el movimiento popular.

Los sucesos de 1952 dieron, mediante un hecho revolucionario, un gran impulso a las transformaciones capitalistas -democrático burguesas- del país. En la medida que fue la propia sociedad oligárquica, rígida y monopólica en grado sumo, la que obligó a las masas a romper sus estrechos marcos, en esa misma medida el movimiento popular, como sujeto colectivo, marcaría profundamente los cambios estructurales post-insurrección. La extensión y peso del estatismo, introducido después de Abril, se explican mejor desde esta óptica que como consecuencia de la aplicación meditada de un programa. A la gran propiedad minera, en el marco de la insurgencia del proletariado minero como segmento de vanguardia, le sigue casi como algo natural la gran propiedad estatal y no la constitución de pequeños o medianos industriales. En cambio, a la gran propiedad agraria, menos por el programa que por el estado en el que se encontraban las organizaciones campesinas, le siguió la aparición de centenares de miles de pequeños propietarios.

Digámoslo de otra manera: mientras la centralidad obrera y en el corazón de ella la centralidad minera contribuyeron a constituir el capitalismo de Estado, la dispersión política de la fuerza de trabajo rural permitió la campesinización del agro. Seguro que el programa ("tierras al indio y minas al Estado") influyó en esos resultados finales, lo cual está fuera de duda, habría que discutir, empero, si la efectividad del programa no se asentaba precisamente en el hecho de reflejar objetivamente el estado en el que se encontraban las clases subalternas, y si ello fue así, entonces la nacionalización de las minas y la reforma agraria finalmente se delinearon en correspondencia con el grado de centralidad de las clases subalternas.

La anterior parece una buena línea de trabajo para terminar de explicar, desde las clases sociales, el desemboque que tuvo el proceso iniciado al nacer los años 50. En lo que hace a los objetivos de este trabajo, por el momento, resulta suficiente describir a grandes rasgos los mecanismos centrales del funcionamiento económico de la sociedad implantados en aquellos años: 1) El patrón de acumulación de capital tuvo como mecanismo central a la transferencia de recursos de las empresas del Estado a manos de los empresarios privados. La revolución creó

COMIBOL, redimensionó CBF y YPFB y con la riqueza generada por estas empresas a lo largo de los años 50, 60 y 70 sistemáticamente se fueron alimentando todas las actividades económicas del país; 2) Pero no sólo se produjeron transferencias desde el Estado, durante esas tres décadas la economía campesina permanentemente fue subsidiando los costos empresariales de las ciudades. Mediante el fácil mecanismo de mantener bajo, vía regulaciones estatales y municipales, el nivel de precios de los alimentos de origen agropecuario, los pequeños productores campesinos sostuvieron también en niveles bajos los costos de la fuerza de trabajo industrial, facilitando de ese modo y a cambio de su miseria el proceso de acumulación de capital y el desarrollo capitalista del país; 3) Ya en los años 70, aunque algo de esto se presenta desde mediados de la década anterior, el empréstito externo, como una práctica masiva, se incorpora como un mecanismo supletorio al proceso de acumulación de capital. Entre 1972 y 1976, provenientes de la deuda externa, se incorporaron al circuito monetario interno alrededor de 2.000 millones de dólares, otorgando así una enorme flexibilidad a la oferta de financiamiento, y 4) Como en cualquier otra economía capitalista, el mecanismo central de la acumulación de capital fue y es, por supuesto, la extracción de plusvalía. Para el caso boliviano habría que añadir, sin embargo, que dados el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y el abaratamiento de los bienes salario, la tasa media de explotación fue considerablemente alta.

Ahora bien, si esos fueron los mecanismos centrales del funcionamiento económico de la sociedad post-insurreccional, resulta claro que los empresarios bolivianos, durante los últimos 35 años, se beneficiaron con una tasa de explotación alta, dispusieron permanentemente de los recursos de las empresas del Estado y, por si fuera poco, de las fuentes del crédito externo, respaldados además, durante gran parte de esos años, por el subsidio campesino. Se puede pues afirmar, sin mucha dubitación, que el ritmo de la acumulación de capital y la escala de la reproducción tuvieron que favorecer ampliamente a la clase dominante. Vale decir que aquella "estandarización" de la trama formada por las relaciones y articulaciones entre las clases sociales, a la que nos referíamos páginas atrás, contenía en su propio seno, desde el patrón de acumulación de capital, la disposición para ser superada y heterogeneizada rápidamente. Fue precisamente esta naturaleza anti-popular del patrón de acumulación de capital la que la "leyenda sindical" y la red de instancias mediadoras ayudaron a encubrir y a ocultar a los ojos de los explotados, haciéndoles ver un proceso revolucionario

donde no habla sino una subversión interna de los logros de la insurrección.

Hacia mediados de los años setenta, en parte por impulsos provenientes de la crisis del capitalismo mundial (desatada precisamente al iniciarse los años 70) y en parte por el agotamiento de las empresas del Estado, por el extremo empobrecimiento de los productores rurales y por la pesada carga de la deuda externa, el patrón de acumulación de capital entró en su fase de descomposición. Las empresas del Estado no sólo que dejaron de financiar la acumulación sino que, peor aún, no pudieron ni siquiera mantener sus anteriores niveles de producción. En esas condiciones la caída del producto interno era inevitable: en diciembre de 1986 el PIB se había reducido a casi la mitad del de 1976, para no mencionar la despiadada marginalidad en la que fueron cayendo casi todas las empresas mineras que integraban COMIBOL, etc.

Los impulsos recesivos que desde las empresas del Estado se propagaron al conjunto de la economía pronto hicieron intolerables para los productores campesinos los niveles de miseria a que habían sido arrastrados por el patrón de acumulación. No es casualidad por ello que las luchas campesinas a partir de los años setenta adquiriesen los contenidos que tuvieron, desde las luchas del sindicalismo campesino independiente hasta el katarismo. Por supuesto que no se trata de plantear que el katarismo deba explicarse en función de la descomposición del patrón de acumulación de capital, no, de ningún modo, pero tampoco puede desconocerse que entre la acumulación histórica de las luchas campesinas y la descomposición de los mecanismos económicos fundamentales, a partir de los años 70, tuvieron que darse relaciones dialécticas y mutuas influencias de diversa índole. Por lo demás es legítimo pensar que así como, en 1952, el diseño final de los cambios estructurales se produjo en correspondencia con el grado de centralidad de las clases subalternas, así también al descomponerse los "ejes" de la acumulación de capital se modificarán, o tenderán a modificarse al menos, los términos de funcionamiento del espacio político y, por supuesto, la articulación y organización de las demandas sociales pasarán a efectuarse de maneras diferentes a las que tenían vigencia hasta antes de la descomposición.

Respecto a la deuda externa, para no repetir lo que tanto se ha escrito y dicho en los últimos meses, únicamente recordemos que en la década que va de 1976 a 1985 el coeficiente del servicio de la deuda

externa, en promedio, se elevó por encima del 50% del total de las exportaciones, llegando en algunas gestiones a cubrir casi el 100%. En tales condiciones ningún patrón de acumulación de capital puede funcionar, ni siquiera deficientemente.

Pero la crisis boliviana, en su dimensión interna, no puede ni debe explicarse únicamente desde la descomposición de los mecanismos económicos fundamentales. Al margen de las irresistibles fuerzas provenientes del mercado mundial, que aceleraron y agravaron las consecuencias de aquella descomposición (por ello, materia de un trabajo minucioso adicional), se produjeron también profundas modificaciones en el seno de las clases sociales que, a la postre, irían a trastocar el espacio político y a anular las condiciones sociales de sustento de la superestructura ideológica.

Al iniciarse la década de los 50 ¿Qué clases sociales y con qué peso específico integraban la estructura social boliviana? Dos clases sociales ocupaban la cúspide de la pirámide: la burguesía minera de cuño oligárquico, contenidos ideo-culturales atrasadísimos y con una densidad en ningún caso mayor a 10 o 15 familias; junto a esta burguesía minera y subordinada a ella se encontraban los grandes propietarios de tierras, los latifundistas, cuya base económica y contenidos ideo-culturales eran francamente pre-capitalistas y cuyo número giraba alrededor de 5.000 propietarios, de los cuales entre 100 y 150 cabezas de familia componían su núcleo dominante. La base de la pirámide estaba ocupada por la gran masa campesino-indígena (63% de la población) y por un proletario débil desde el punto de vista numérico, no más de 40.000 trabajadores asalariados, aunque por su tradición de lucha, por el carácter estratégico de su segmento minero (estratégico en la economía, se entiende) y por su relativa maduración ideológica, lo dijimos páginas atrás, había logrado conquistar un grado avanzado de centralidad política. Entre la cúspide y su vértice burgués minero y la base indígena y su núcleo obrero minero no existían prácticamente otras clases sociales. Con seguridad podía encontrarse una delgada capa de estratos medios, compuesta por pequeños productores urbanos (artesanos) y por la burocracia estatal, que no obstante ello desde el desastre del Chaco se había activado políticamente al punto de impulsar instrumentos políticos eficientes como el MNR. Falta notoriamente el segmento burgués cuya misión histórica apunte a la diversificación productiva y al desarrollo de las fuerzas productivas. Existían algunos industriales como dato estadístico pero no como clase o al menos no

no como clase contrahegemónica, la oligarquía minera había aniquilado a su clase. Digamos de pasada que precisamente por la ausencia de la burguesía boliviana la dirección política del proceso iniciado en 1952 pasó a manos de esa débil capa intermedia, que en términos excesivamente formales aceptaría el nombre de "pequeña burguesía".(10)

Desde el entramado de esas clases sociales surgió la insurrección y las transformaciones estructurales que le siguieron. Recuérdese también que 1952 marca la derrota política y militar de la oligarquía minero-latifundista, derrota que determinó su desaparición física como clase entre los años 50 y 60. De manera que en aquellos años sólo las clases subalternas de la antigua estructura social quedaron como actores políticos de primer orden.

Se entiende ahora de mejor manera todo aquello de la "estandarización" de la trama formada por las articulaciones entre las clases sociales; todo aquello de la "plebeyización" de la política y sobre todo adquiere renovada importancia aquello de la doble naturaleza de la COB (centralidad política en favor de los explotados y mecanismo de mediación en favor del Estado).

Ahora bien, conforme el patrón de acumulación de capital funcionó con todos sus mecanismos así también la estructura de clases sociales se inundó de factores inevitables de heterogeneización y diferenciación social. Para empezar digamos que a lo largo de los años 50, 60 y 70 se constituyó la burguesía boliviana, moderna, y de cuerpo entero. Pri-

(10) Según datos elaborados por el Instituto Interamericano de Estadística, con base en el Censo de 1950 ("América en Cifras", 1970, OEA) las clases sociales mostraban la siguiente distribución:

	TOTAL	%PEA
- Bloque dominante (burguesía minera, latifundistas y alta burocracia de ambos)	37.000	2.71
- Capas medias (profesionales, técnicos, oficinistas, y algunos trabajadores indep.)	42.000	3.08
- Clase obrera	235.000	17.00
- Trabajadores rurales (trabajadores indep., pescadores, cazadores y otros)	958.000	70.38
- Otros	90.000	6.00

mero surgió su fracción comercial cubriendo las importaciones que requerían las empresas del Estado; después y gracias a las inversiones estatales en infraestructura básica, caminera y en créditos blandos fue potenciándose lo que en los años 70 se convertiría en la poderosa fracción agroexportadora del oriente, incluidos los ganaderos del Beni. Durante los años sesenta, especialmente en el régimen de Barrientos, la minería privada gozó de un gran impulso hasta constituir una suerte de empresariado minero "moderno", los llamados "mineros medianos" que rápidamente se convirtieron en el centro regulador de la burguesía emergente.

Por otro lado, gracias a la diversificación productiva fomentada desde el Estado vía cambios preferenciales y créditos privilegiados, la fracción industrial recuperó notoriamente algunos espacios que la vieja oligarquía minera había cerrado para la producción interna, aunque nunca dejaría de ser débil. (El parque industrial formativo del país a mediados de los años 70 arroja datos sustancialmente mayores a los de fines de los años 40). Finalmente y como un reflejo maduro del grado de concentración y centralización de capitales al que había llegado la burguesía boliviana, también en la década de los 70, surgieron Bancos y Empresas de Seguros relativamente fuertes desde el punto de vista económico: el sistema financiero boliviano, se había constituido, haciendo su aparición, por tanto, la fracción financiera de la burguesía.(11)

No puede existir la posibilidad de que se registren cambios en una parte de la sociedad sin que se promuevan otros en el resto, mucho más si se trata de clases sociales dialécticamente condicionadas entre sí. Así, no es posible concebir cambios en el bloque dominante sin que se hayan producido también modificaciones en el bloque de clases subalternas. Cuatro tendencias centrales parecen haber regido el movimiento de las clases subalternas. Primera: el proletariado aumentó en

(11) De acuerdo a los datos del Censo de 1976, a mediados de la década de los años 70 existían 29.031 ciudadanos catalogados como miembros de la burguesía boliviana. Para comparar con los datos de 1950 debe considerarse que, en aquel año, mineros, latifundistas y burocracia fueron censados en la misma categoría con un total de 37.000 personas, mientras que en 1976 los latifundistas, que representaban más del 95% de la categoría, habían desaparecido como clase social, por tanto, las 29.031 personas del censo de 1976 constituyen con propiedad la burguesía emergente (=1.92% de la PEA).

número y modificó en composición. Junto con la diversificación económica aparecieron nuevos sectores obreros, a la par que los grupos tradicionales crecieron en número y, sobre todo, lentamente fueron cambiando sus contenidos(12). Aquí interesa remarcar los cambios. Por un lado, al avanzar el grado de desarrollo de las relaciones de producción capitalistas y al avanzar las modalidades de la subsunción de la fuerza de trabajo hacia la subsunción real, seguramente los contenidos no capitalistas de la conciencia obrera (de esa conciencia inundada por la "leyenda obrera") se debilitaron, o tendieron a hacerlo, especialmente los vínculos que la clase obrera boliviana -muy marcados entre los mineros- mantenía con su pasado étnico y campesino(13). A esas consecuencias del desarrollo capitalista habría que añadir el factor demográfico: todo parece indicar que en la segunda mitad de los años 70 hace su ingreso al escenario político una nueva generación proletaria (sucede lo mismo en las otras clases sociales) que no conoce en su mayoría otro pasado cultural que no sea el de su ser y conciencia obreros. **Se puede sostener, por tanto y con un buen margen de certeza, que el proletariado de los años 80 es una clase**

(12) Según el censo de 1976 la distribución de la fuerza de trabajo arrojaba los siguientes datos:

	TOTAL	%PEA
- Burguesía (Propietarios y alta burocracia)	29.031	1.92
- Capas medias (Propiet. pequeños, transportistas, profesionales, técnicos, empleados)	364.798	24.10
- Clase obrera (Urbana y rural más trabajadores dependientes no propiamente obreros)	450.545	29.80
- Campeñinado (No asalariados, agricultores, pescadores, cazadores, etc.)	601.519	39.81
- Otros	64.718	4.20

Comparando estos datos con los de 1950 se desprende que la clase obrera, en números absolutos, virtualmente se duplicó. En relación a la fuerza de trabajo rural deberán indagarse con más detenimiento el destino de alrededor de 350.000 personas. Seguramente investigando lo sucedido con ese contingente se encontrarán datos más precisos del proceso doble de campesinización y proletarianización de la fuerza de trabajo rural. En la categoría de "clase obrera" se incluyen -según el propio censo de 1976- 81.344 personas.

(13) Para una visión distinta, aunque no necesariamente antagónica, véase Tristan Platt y J. Nash.

obrero nueva. Y lo es asimismo en el otro sentido de los cambios, en el de los contenidos ideológicos. En última instancia, ¿Qué es lo que hizo posible que la insurrección obrera del 52 se trocara en revolución democrática burguesa?: el nacionalismo revolucionario, sin duda; tanto como "corpus" ideológico, cuanto como estilo de pensamiento(14). Aho-ra bien, hacia fines de la séptima década ambos (corpus y estilo) mostraban evidentes signos de agotamiento; simultáneamente a lo sucedido con el patrón de acumulación de capital y en directa relación con las transformaciones en la estructura de clases, la ideología dejó de ope-rar como sustento del consenso social (así lo demuestran la Asamblea Popular, noviembre de 1979 y, en parte, la UDP) y el paradigma perdió su adecuación con el tejido social (retomaremos este tema un poco más adelante). Así pues, el proletariado de los 80 es una clase nueva desde el punto de vista sociodemográfico y distinta desde su conciencia y pensamiento (así lo sugieren la tesis socialista de la COB - 1970- y los últimos cambios en la cúpula "cobista").

La segunda tendencia surge de los resultados heterogéneos y desiguales a los que parece se encuentran condenados los procesos de desarrollo capitalista en los países atrasados y ubicados en la periferia del mercado mundial. Como es sabido el resultado central de esos procesos es la hipertrofia del sector terciario de la economía, con lo cual se traslada el análisis al difícil tema del "trabajo productivo" e "improductivo" y con él al de la "centralidad obrera"(15). Ya en lo concreto, en las tres últimas décadas la terciarización de la economía produjo, como era previsible, el crecimiento proporcionalmente mayor de los trabajadores ubicados en el comercio y los servicios, incluidos los empleados del Estado y la ampliación estatal que todo proceso capitalista conlleva. Estos contingentes, empero, rápidamente adoptaron las formas y métodos de organización de las clases obreras, así como su afiliación a la COB. De ese modo el accionar de la clase obrera y de la COB adquirieron mayor fortaleza y contundencia, pero en contrapartida se introdujeron los intereses económicos y puntos de vista de esos grupos en el discurso y prácticas sindicales. Un signo evidente de lo que sucedió se encuentra en la desusada fuerza adquirida durante el gobierno de la UDP por los sindicatos de trabajadores bancarios y del Estado.

(14) V. Antezana, Luis, "Sistema y proceso ideológicos en Bolivia (1935-1979)", Bolivia, Hoy, Siglo XXI Editores.

(15) Vid. Cacciari M., op. cit.

Digamos en descargo de esos trabajadores, empero, que no basta su inclusión para que la COB se haya "terciarizado" -por así decirlo-, sino que la preeminencia de sectores no obreros depende, en todo caso, de lo que vaya aconteciendo en el terreno de la hegemonía y -de acuerdo a nuestra hipótesis- en el de la centralidad política. De ser cierta, por tanto, nuestra formulación hipotética, al debilitarse la centralidad política del proletariado minero y, consiguientemente de la COB, la cosmovisión de los grupos no obreros tendió a modificar los contenidos de la máxima organización sindical del país y no sólo de ésta, sino también el sentido y dirección de los conflictos más importantes de los últimos años(16). Otro indicador de esa preeminencia no obrera se encuentra en el sindicalismo petrolero que pese a tratarse de un sector proletario sus principales dirigentes, provenían del staff de empleados.

La tercera tendencia se ubica en la evolución de los trabajadores del agro y en el carácter "anómalo" del capitalismo boliviano. Las experiencias europeas nos enseñan que el tránsito al capitalismo provoca la descampesinización de la fuerza de trabajo rural, o lo que es lo mismo, pasa por la "doble liberación de la fuerza de trabajo", en cambio la experiencia boliviana, con la reforma agraria de 1953, pareciera que intenta impulsar el capitalismo por la vía de constituir a los ex-colonos en "campesinos"; hay un proceso de **campesinización** y no de **des-campesinización**, sin que ello implique que paralelamente no se haya dado también un proceso de proletarización, aunque este último se muestra más débil y lento que el primero. Podría decirse que la apari-

(16) Esta afirmación se basa en la siguiente información:

Número de huelgas por sectores

Sectores	1982	1983	1984	1985	1986(a)
Productivos(b)	100	73	155	93	2
No product. (c)	202	193	345	226	94
TOTAL	302	266	500	319	96

Fuente: Elaboración propia con base en "Temas Laborales", N° 1, CET, La Paz.

(a) incluye sólo primer semestre de 1986.

(b) Incluye a agropecuaria, minería, petróleo, industria, construcción, ferroviarios, energía y agua.

(c) incluye comercio, Bancos y Seguros, educación, salud, Adminst. Pública, transportes y organismos y Comités Cívicos.

ción y multiplicación de los pequeños propietarios rurales contribuyó a que la tendencia anterior tuviera ciertamente un sesgo pequeño burgués notorio. Pero, las cosas no transcurren en vano. Anteriormente describimos las modalidades de funcionamiento del patrón de acumulación de capital (uno de cuyos "ejes" estaba vinculado a la economía campesina), ahora sabemos que ese patrón fomentó un tipo de desarrollo capitalista anómalo, basado en un proceso **campesinizador** cuyo desemboque no podía sino difundir la miseria entre los miles de pequeños productores.

No cabe duda, entre la población rural de 1950 y la de los años 80 existen abismales diferencias(17). Una vez más se cumple aquel postulado metodológico que nos señala que los resultados permiten comprender a los antecedentes. El resultado de la reforma agraria nos está hablando elocuentemente del estado de dispersión en el que se encontraban las masas indígenas antes del 52, situación que, por lo demás, facilitó la introyección colectiva de la "leyenda obrera".

Desde el análisis de la tercera tendencia del desenvolvimiento de las clases subalternas se comprenden, a manera de corolario, dos movimientos contradictorios de los trabajadores agrarios: la lógica empobrecedora del patrón de acumulación terminó creando las condiciones para el rearme organizativo e ideológico del movimiento campesino en los años 70 separándolo del Estado, pero, a la vez, la lógica heterodoxa del capitalismo boliviano post-insurreccional permite explicar el desencuentro entre obreros y campesinos durante gran parte del período de tiempo que venimos analizando. Nuevamente, la sobre-determinación de una u otra lógica dependía de la marcha de la centralidad política de la clase obrera y de la COB. Las dos lógicas quedaron al desnudo en la resistencia obrero-campesina a Natusch Busch y en el desencuentro de ambos actores a la hora de responder a los correctivos económicos de Lidia Gueiler T. En suma, al modificarse las condiciones y los contenidos de los actores sociales ninguno de los cimientos que sostenían el aparato sindical quedaron en pie. Podría decirse que los sindicatos actualmente no registran ya, con la fidelidad de antes, la situación en que se encuentran sus afiliados. No lo hacen ni como "lugar" donde se organizan las demandas y aspiraciones colectivas (centralidad política) ni como estructura en la cual se reconocen los actores sociales. Piénsese, v.gr., en las relaciones difusas que existen

(17) Vid. supra notas 10 y 12.

hoy entre la COB, la CSUTCB y los productores rurales que han asumido la dinámica capitalista, por un lado, y el cada vez mayor proletariado rural, por otro, ambos no obstante supuestamente afiliados a la CSUTCB y, a través de ésta, a la COB.

Finalmente, la cuarta tendencia que rigió el movimiento de las clases subalternas se ubica en el sentido general de las luchas, aunque en este caso el intervalo histórico que venimos analizando (1952-85) debiera dividirse en dos subperíodos, el primero hasta 1971 y el segundo desde ese año hasta nuestros días. En el primer subperíodo (1952-1971), el sentido general, la tendencia central de las luchas populares pareciera que apuntó a lograr cada vez mayores grados de independencia ideológica y política en relación al Estado. La doble naturaleza de la COB (centralidad y mediación) y los márgenes excedentarios del patrón de acumulación de capital toleraron esa tendencia sin, por ello, desquiciar el funcionamiento social. En ese sentido se puede encontrar un **continuum** entre la insurrección de 1952 y la Asamblea Popular de 1971, ratificando los **supuestos** de la "leyenda obrera". La centralidad proletaria no pudo ser desarticulada ni siquiera por la dura represión desatada durante el régimen del Gral. Barrientos. En el fondo, conforme vimos páginas atrás, la estructura de clases sociales no se había modificado todavía sustancialmente, las distintas fracciones de la burguesía emergente no eran lo suficientemente fuertes como para alterar la trama de relaciones sociales.

En el segundo subperíodo (1971-1982) ese sentido general de las luchas parece haberse modificado, no es ya la lógica separatista y antagonista la dominante. El movimiento popular retrocedió a un simple programa de defensa de las libertades políticas y sindicales, inundándose de contenidos democráticos. La acumulación de experiencia y de conciencia, desde el discurso y la práctica, cambiaron radicalmente de sentido introduciéndose pautas de orientación distintas, más flexibles, menos estrategistas que las del subperíodo anterior; se podría decir, inclusive, que el método electoral se incorporó al acervo de lucha de los trabajadores. La UDP fue la cristalización de esa tendencia central, de tal manera que al aparecer impulsada por esa modificación en el seno de las clases subalternas y careciendo de una comprensión cabal del devenir de la sociedad, únicamente sirvió para profundizar el sesgo reformista que apareció tanto en la clase obrera como en el conjunto de los explotados (el "paquete" económico de la COB de 1979, el Plan de Emergencia de 1983, las discusiones sobre la co-gestión y el

co-gobierno así lo señalan). En el fondo, esas modificaciones parecieran hablar -en realidad- de las transformaciones estructurales que, precisamente, en los años 70 adquirieron formas acabadas: fase de descomposición del patrón de acumulación, cambios en la trama de las clases sociales y crecientes, así como notorios, desfases entre la superestructura político-ideológica con todas esas transformaciones, entre las que figuran los propios cambios en el seno de las clases subalternas. A partir de la segunda mitad de los años setenta, por tanto, la matriz económico social que dio origen y delineó la figura de la COB prácticamente dejó de existir como tal, las consecuencias de ello no tardarían mucho en dejarse sentir.

En la intersección de los cambios en las relaciones económicas y en las relaciones políticas se pueden encontrar, por otro lado, las razones que impulsarían con renovado vigor a los movimientos regionales. El capitalismo tardío pareciera que difícilmente puede escapar a los efectos de la "ley del desarrollo desigual y combinado", así nos lo demuestra una vez más lo sucedido en Bolivia en las tres últimas décadas. Conforme se producía el desarrollo capitalista, se expandía el aparato estatal en trance de "modernización" y se transformaban las clases sociales (destacándose el surgimiento de las distintas fracciones burguesas), fueron brotando asimismo los siguientes movimientos y contradicciones sociales: a) Un fuerte impulso, proveniente del carácter obrero de la insurrección y del propio capitalismo, hacia la centralización administrativa y burocrática del aparato estatal, que actuando en el marco del desarrollo desigual y combinado entrará rápidamente en contradicción con las demandas y reivindicaciones regionales; b) Al producirse el surgimiento y consolidación de la burguesía en medio de los desajustes del desarrollo desigual y combinado, ni bien sus distintas fracciones hayan adquirido cierta envergadura, las pugnas internas por la distribución regional del excedente eran inevitables. Pugnas en las que, salvo el surgimiento de un planteamiento obrero al respecto, las clases subalternas regionales serían arrastradas por "sus" burguesías, y c) En los años 70, cuando los movimientos y contradicciones señalados en los incisos anteriores habían madurado considerablemente, la conformación espacial del Estado entró en crisis. Seguramente para ello tuvieron mucho que ver también el agotamiento del patrón de acumulación de capital y las nuevas orientaciones del transformado movimiento campesino. Insurgieron así las regiones y lo hicieron inundándose paulatinamente de connotaciones étnicas y culturales. Los movimientos regionales se dotaron de interpelaciones ideológicas dife-

rentes e igualmente fuertes a las interpelaciones estatales.

Frente a esa multiplicidad de cambios y a la emergencia de nuevos movimientos y contradicciones sociales, los registros de la COB se quedaron cortos, ni su centralidad ni su rol mediador lograron articular-canalizar las nuevas demandas. Y era natural que sucediera así dado el sesgo obrerista con el que, desde la matriz del 52, siempre había actuado la máxima organización sindical. Nadie podría ya evitar -menos la COB- que las clases subalternas fueran subordinadas a las distintas fracciones de la clase dominante en las regiones.

Al empezar los años 80 no quedaba pues ninguna dimensión social que no arrojará indicadores de una avanzada descomposición, lo mismo la base económica que la superestructura. Respecto a esta última anotemos algunas pistas de trabajo. El "nacionalismo revolucionario" había permitido a los sectores medios de la sociedad oligárquica, ante la ausencia de una burguesía contrahegemónica, aglutinar al conjunto de las clases subalternas y comprometerlas en un proyecto de desarrollo capitalista del país. Sin ese corpus ideológico, en definitiva, la Insurrección obrera no hubiera podido convertirse en una revolución democrático burguesa, pero para hacerlo tuvo que incorporar a su núcleo de determinaciones parte de las demandas y cosmovisión de los explotados. Ese hecho fue el que posibilitó que, sin dejar de lado el proyecto burgués, el escenario político se inundara de contenidos populares y que el reordenamiento económico del país pese a no seguir la lógica individualista clásica, fomentara el desarrollo capitalista desde el Estado. Pues bien, cuando surgieron las distintas fracciones burguesas "modernas" y se produjeron las transformaciones internas, tanto en lo demográfico como en lo ideológico en el seno de la clase obrera, prácticamente lo sustancial de las condiciones sociales que habían dado sentido al nacionalismo revolucionario dejó de operar y existir. La superación del corpus ideológico era sólo cuestión de tiempo.

Pero, más allá de la ideología, con las múltiples y profundas transformaciones estructurales, el nacionalismo revolucionario perdió también eficacia como estilo de pensamiento. La reducción nacionalista de las clases en el campo connotativo del concepto de "nación" o del de "pueblo" parece no tener más las virtudes articuladoras que poseía antes, y sin ellas se cierra casi totalmente la posibilidad de continuar convocando a los actores sociales en función de una "alianza de clases". Ni la burguesía, ni el proletariado realizan ya en esos términos sus lec-

turas de la sociedad.

Anulaciones semejantes podríamos ir encontrando para cada uno de los parámetros ideo-culturales que componían el nacionalismo revolucionario, sin embargo, rindiendo tributo a la naturaleza de este trabajo nos circunscribimos a sostener rotundamente que, así como en otros órdenes de la vida social, más o menos a partir de la segunda mitad de los años 70 el nacionalismo revolucionario en tanto ordenador del pensamiento colectivo comenzó a mostrar evidentes señales de descomposición y pérdida de eficacia social. Lo cual equivale a sostener que nuevos parámetros ideo-culturales se gestaron, o lo hacen aún sin que, podamos todavía avisorar los elementos que los componen, o apuntan a integrarlos. Todo lo sucedido durante el gobierno de la UDP -en el ámbito de los discursos y de los estilos de "hacer política", se entiende- y el "neoliberalismo en acción" ciertamente nos hablan de lo que está sucediendo en la conciencia social

En lo que hace a la conciencia "cobista" la situación, por supuesto, no podía ser diferente. Aunque en el caso de la COB habría que remarcar más bien una particularidad. Ideológicamente la Central Obrera fue tributaria al nacionalismo revolucionario (la generalización del apelativo "compañero" es ya ilustrativo de ello), tributo que, empero no se repitió en su estructura organizativa, donde primaron más bien los principios del marxismo ortodoxo (piénsese, por ejemplo, en la participación obrera del 51% en todos sus niveles organizativos). En cierto sentido el sincretismo resultante tenía mucho que ver con la doble naturaleza de la COB. La centralidad minera sentó las bases de la "leyenda obrera" y ésta abrió a su vez las condiciones para el marxismo ortodoxo, sin que nada de ello, empero, evitara la función directriz del nacionalismo revolucionario, especialmente en lo que hace a su rol mediador. De manera que cuando se desató la crisis, por doble partida, desde la centralidad y desde el nacionalismo revolucionario, los supuestos económico-sociales que explicaban la efectividad de la COB dejaron de estar presentes en gran parte.

En síntesis, existen suficientes elementos de análisis que indican que el ámbito ideológico de la formación social boliviana fue presa también de la crisis orgánica. En última instancia no podría explicarse la complejidad de cuanto viene sucediendo en los últimos meses de otra manera que no sea tomando en cuenta los cambios en la superestructura, no al menos si se quiere diseñar una respuesta objetiva.

Conviene, a estas alturas del análisis, realizar un rápido resumen y cotejarlo con la hipótesis de trabajo. Existen ciertamente múltiples elementos que nos permiten sostener que, más o menos, desde mediados de los años 70 la formación económico-social boliviana entró en una crisis orgánica total. El patrón de acumulación de capital, nudo de las relaciones de producción, dejó de funcionar; la estructura de clases se modificó sustancialmente y la superestructura ideológica política (Estado y conciencia social) simplemente perdió gran parte de la necesaria correspondencia con su base societaria. Fruto de las transformaciones estructurales surgieron paulatinamente nuevos actores, tensiones y contradicciones sociales que los registros de la COB no pudieron captar, menos articular. Así, el discurso y las prácticas sindicales se desfasaron en relación a la marcha de la sociedad, determinando una creciente pérdida de centralidad política de los principales actores sindicales, especialmente de la COB y la FSTMB. Vale decir que, hasta aquí, las "pistas" identificadas parecen demostrar que nuestra hipótesis de trabajo promete resultados esclarecedores, aunque, **stricto sensu**, su demostración científica equivaldría poco menos que a escribir la historia del país de las últimas tres décadas. Las dimensiones de la COB, por lo demás, lo justifican y así lo exigen.

4. PERSPECTIVAS

Considerando la extensión y profundidad de las transformaciones soportadas por la formación social boliviana en los últimos treinta y cinco años la prognosis del movimiento popular y de sus instrumentos sindicales y políticos se torna en extremo difícil. Y no es la complejidad de los sucesos el único obstáculo, sino ante todo el estado rudimentario en el que se encuentra el conocimiento colectivo del tema. Nos limitaremos, por tanto, a señalar sólo tres proyecciones a futuro.

Primera proyección. Si es cierto que el debilitamiento del movimiento sindical boliviano constituye el resultado de la pérdida de centralidad política del propio movimiento sindical y, dentro de éste, del proletariado minero, entonces lo que se fragilizó, en el fondo, no es sino la capacidad de la clase obrera boliviana para afirmar y articular las exigencias políticas de cambio de las clases subalternas. Habría que indagar, además, si el debilitamiento del movimiento sindical no es consecuencia de disminuciones en la capacidad hegemónica del proletariado. Si todo ello es cierto, declamos, lo que sucederá en los próximos meses y años depende de lo que acontezca con esa capacidad articula-

toria de los asalariados.

Lo que vivimos ahora es un período de transición en el que, dada la crisis orgánica del bloque histórico anterior, se perfilan los elementos centrales que definirán el nuevo patrón de acumulación de capital, la nueva trama de relaciones sociales y el nuevo escenario político; contexto transicional en el que, por supuesto, el movimiento obrero continuará pugnando, como lo ha venido haciendo hasta ahora, por recomponer su centralidad política (casi totalmente perdida por la dispersión física de los trabajadores mineros). Si logra hacerlo, lo cual no será posible sin una clara conciencia de lo que sucede no sólo por parte de los sindicatos sino también de los partidos, la COB y las demás organizaciones sindicales, con más o menos variantes, recobrarán parte de la eficacia política que poseían en las décadas anteriores. Si no lo consiguen, entonces, la capacidad de organizar y articular las demandas populares pasará a manos de otra clase social, con todas las consecuencias sociales y políticas que ello implicaría.

En los últimos meses, al calor de los conflictos sociales, se destacaron los petroleros, los ferroviarios, maestros, artesanos y pequeños comerciantes y, con bastante fuerza, también, los campesinos en eso que parecen los esfuerzos de recomposición sindical. Nótese que únicamente los dos primeros (petroleros y ferroviarios) podrían ser catalogados como obreros, en tanto que los restantes, además de ser propietarios de sus medios de producción, presentan grados de diferenciación social interna diversos. ¿Qué sucederá si la capacidad política se concentra en uno de estos sectores? Es algo que no podemos contestar por el momento. O, dando un paso adelante, ¿Qué sucederá si, dada la ausencia de un sector laboral capaz de hacerse cargo de la centralidad política y en una suerte de recomposición hegemónica reaccionaria de la sociedad boliviana, es la burguesía la que pasa a articular y canalizar las demandas de cambio y las reivindicaciones de las clases subalternas? No debe perderse de vista que esta última posibilidad, al menos desde el punto de vista teórico, no está cerrada ni mucho menos, ni siquiera considerando la riqueza de las luchas populares pasadas. Hasta el momento, pase lo que pase, la COB parece debatirse en medio de los esfuerzos por recomponer su centralidad política.

Está claro que dependiendo de cómo se respondan a estas (y otras) preguntas depende el diseño de la táctica y estrategia políticas a seguir. Sin embargo, preferimos no abarcar este tema ya que, sin perder

de vista su enorme importancia práctica, claramente excede los límites académicos de esta ponencia.

Segunda proyección. El movimiento sindical necesita con urgencia readecuar su estructura interna para, de esa manera, registrar y canalizar las nuevas demandas y contradicciones sociales. No está demás señalar que esta proyección depende en gran medida de lo que suceda con la anterior. De cualquier modo, todo hace prever que en los próximos meses y años, sea de manera planificada o espontánea, la COB y los sindicatos atravesarán por distintas transformaciones internas que los sintonicen con la nueva realidad de su entorno social.

Al respecto, citemos tan sólo tres ejemplos. ¿Qué pasará con la participación obrera mayoritaria en la COB, habida cuenta de las transformaciones económico sociales reseñadas?, ¿Cuál debe ser la línea de conducta más adecuada: mantener la mayoría obrera o reducirla para dar paso a los sectores emergentes? De igual modo, ¿Qué implicaciones organizativas aparejó para la FSTMB la casi liquidación de COMIBOL?, ¿Deberá mantenerse la estructura actual de la Federación de Mineros o será más conveniente modificarla en función de las empresas subsidiarias en las que quedó descentralizada la minería estatal? Y finalmente, ¿Qué consecuencias organizativas tendrá en la CSUTCB la cada vez más fuerte presión de las demandas étnicas?, ¿Cómo registrarán y canalizarán esas demandas los obreros, la COB y la propia CSUTCB? Queda claro que las respuestas a las anteriores interrogantes dependen también de la clase social o fracción de clase que asuma la titularidad de la centralidad política.

Tercera proyección. Dijimos que en la matriz del 52 el sentido de la correa de unión entre los sindicatos y los partidos, al parecer, se invirtió, el sindicato operó como vínculo entre el partido y el Estado, más, no como transmisión entre aquél y las masas. Pues bien, al cambiar la matriz del 52 parece también que se crearon condiciones para redefinir las relaciones entre el Estado, los sindicatos (COB), los partidos y las masas. ¿Será que esas condiciones apuntan a definir esas relaciones en los términos en que las concibe el marxismo ortodoxo? Existen muchos indicios de que algo parecido a eso viene aconteciendo, por ejemplo lo que sucedió en el Congreso Extraordinario de la FSTMB, donde las bases propiciaron que los partidos abiertamente decidieran el futuro de la Federación (algo semejante sucedió en el VI y VII Congresos de la COB). Sea como fuere, lo cierto parece ser que las relaciones

partido-sindicato se modificarán sustancialmente. Los próximos meses y años estarán marcados también por esa redefinición.

Digamos, para terminar, que sin una recomposición de la centralidad política de la COB, sin la readecuación de su estructura interna y sin que las relaciones Estado-partidos-sindicato queden nuevamente definidas es difícil pensar en una recuperación del prestigio y efectividad social del movimiento sindical boliviano. Esperamos que así como en 1952 fueron las masas las que fundaron la historia "moderna" del país, así también sean ellas las que, en los próximos meses, marquen el derrotero futuro de Bolivia. Que así sea en parte depende de los intelectuales y de los partidos. Para la historia *viva*, por último, poco importan las fronteras entre lo académico y lo político.

Comentarista*: Oscar Salas

Primero, creo que se debe poner de relieve algo que todos destacan, en el sentido que el análisis del debilitamiento del movimiento sindical hay que enfocarlo desde el punto de vista del desentrañamiento de los fenómenos económicos, sociales y políticos, resultado de los cuales emerge esta crisis del movimiento obrero.

En Bolivia, parece ser un punto de arranque, para todas las cosas, un acontecimiento tan importante -por su carácter transformador- como lo es la Revolución de 1952. Así lo hacen los ponentes para desentrañar la trayectoria seguida por el movimiento sindical hasta ahora.

Nosotros debemos señalar que esa metodología es importante porque, dentro del propio movimiento sindical, lo que fue confrontación de posiciones ideológicas y políticas, en el último tiempo ha derivado hacia enfrentamientos partidarios y de carácter personal, quedando relegados en segundo plano, el análisis, la investigación de los fenómenos del movimiento sindical y de los problemas que debe estudiar. Una muestra de ello es que las propuestas de análisis de estos últimos no están partiendo desde dentro del movimiento sindical, sino más bien vienen de afuera. Por eso, es importante remarcar este problema.

Considerando los resultados de los fenómenos sociales que siempre son de carácter acumulativo, debemos señalar que la preparación de esta crisis arranca desde 1952 cuando los actores sociales: obreros y campesinos, entregan la dirección de esa Revolución a una clase que no era la que había ocupado el primer lugar en su realización. Esa clase podría denominársela, para entonces, como la pequeña burguesía. Las primeras medidas de la Revolución de 52 señalan el carácter contra-

* Versión resumida de la exposición realizada por Oscar Salas, elaborada con base en la transcripción de la cinta magnetofónica de su intervención.

dictorio entre los que protagonizan y realizan la Revolución, y los que la conducen, esa oposición conforma en el devenir del tiempo los dos "Bloques Sociales".

La Nacionalización de las Minas, la propia fundación de la COB patrocinada por aquel Estado y la Reforma Agraria, expresan dos tendencias, dos proyectos dentro de la Revolución: la de los trabajadores y la de la pequeña burguesía como conductora del proceso.

La Reforma Agraria refleja ya la tendencia de las clases dirigentes de la Revolución, cuando ellas convierten al campesino en pequeño propietario, en realidad están transformando las aspiraciones de la mayoría de la población boliviana. El campesino que hasta entonces había luchado por la tenencia de la tierra, es convertido en pequeño propietario, desde ahí la tendencia natural de este campesino es a producir con vistas a la acumulación de carácter personal. El campesino fue colocado en la lógica de un nuevo propietario, cuyo fin último es la acumulación de carácter personal.

En cambio, la Nacionalización de las Minas configura una medida de carácter estatista, los mineros decían, "se ha convertido la propiedad de la oligarquía minera, en la propiedad de todo el pueblo"; pero el error fundamental que tenían era concebir a quienes dirigían la Revolución Nacional como representantes de todo el pueblo, porque finalmente comprobaron que no era la propiedad de todo el pueblo sino del Estado imperante en ese entonces.

De ese marco nacieron los dos proyectos cuyo desarrollo está plasmándose ahora con definitiva claridad, nosotros debemos decir que es muy acertada aquella delimitación, pues, también el sindicalismo ha corrido la misma suerte que el Estado del 52. El Estado amortiguador del nacionalismo revolucionario ha desaparecido, es decir, que las cosas se han colocado de manera que cada uno de los actores sociales -las clases-, ahora están ubicadas en su verdadero contexto, dentro de lo económico, social y político.

La quiebra del Estado del 52, ha producido también esto que se llama "La crisis del Movimiento Sindical y del Movimiento Popular". Es decir, las contradicciones de las clases que estaban amortiguadas, encubiertas por el Estado del 52, ahora han comenzado a generar enfren-



tamientos más claros, naturalmente, desfavorables para la clase obrera, pues en esa pugna de los dos proyectos, la pequeña burguesía ha ido desarrollándose hasta convertirse en lo dominante en lo económico y social en lo que es ahora la oligarquía.

Ese proceso comienza con la reorganización del ejército y la reconversión de las empresas del Estado en fuentes de acumulación para la empresa privada, ha servido de período de preparación para esta definición, la misma que se da a través de la Nueva Política Económica. Indudablemente la clase obrera debe ir preparando las bases para enfrentar a esta nueva burguesía, a la oligarquía.

Cuando esta burguesía comienza a desmontar el aparato productivo del Estado, empieza también a afectar no sólo la cantidad de la clase obrera, si no a atacarla, en lo que llaman, la columna vertebral del movimiento sindical. La crisis de la minería y su aprovechamiento por el Estado oligárquico para reformar la composición social de la clase obrera, indudablemente, debilita al movimiento sindical. Es decir lo que eran 27.000 mineros, con el 70% de la producción exportable del país en sus manos, inobjetablemente, era una de las bases fundamentales de su poder político. Y mucho más si consideramos que el movimiento sindical y la COB, en general, mantuvo la hegemonía de la clase obrera, con base no en la composición numérica de sus miembros si no más bien en la incidencia económica y política de estas clases dentro del movimiento sindical.

Entonces, cuando el movimiento minero comienza a desintegrarse, surgen los planteamientos de que ha fenecido el liderazgo de la clase obrera y que están irrumpiendo en el escenario político nacional nuevas fuerzas sociales, o nuevos actores sociales. Creo que este es un punto, en el que la discusión todavía no ha alcanzado niveles de claridad, esas aseveraciones no puedan aceptarse como verdades. Por ejemplo, se señala que los movimientos regionales podían ser uno de los nuevos actores sociales. Pero, cuando se examina su carácter se encuentra que sólo en dos departamentos, -más bien en dos ciudades, han enlazado sus aspiraciones, sus movilizaciones, con la clase obrera. Los departamentos de Oruro y Potosí, motivados principalmente por la quiebra de la minería, que significa también su deceso.

El resto de los movimientos sociales están originados por objetivos de repartición de la renta nacional y no guiados por los intereses de

carácter general y menos popular; persiguen el aprovechamiento del ingreso para las burguesías y oligarquías que tienen el control de los movimientos cívicos en aquellas partes del país. Es evidente que este enfoque no niega la posibilidad de que en todos los departamentos pueda lograrse una imbricación de los movimientos cívicos y regionales, con la acción de la clase obrera. En varias partes lo han hecho, en Potosí por ejemplo, hasta hace unos dos años atrás, era obligatorio que el Secretario General del Sindicato de los Mineros, sea también el Presidente del Comité Cívico; en Oruro se ha dado también, de alguna manera, este enlazamiento; todo está ahora librado a la posibilidad de que el movimiento sindical y popular pueda participar más directamente y encuentre los canales efectivos para hacer sentir su influencia en los movimientos regionales.

En Cochabamba se da un proceso muy interesante de imbricación, ello depende de cómo el movimiento obrero pueda ligarse directamente con este movimiento regional. Pero, hay que tomar en cuenta que todo está enfocado desde el punto de vista de los movimientos sociales no desde la perspectiva sindical, si los objetivos de la lucha del movimiento sindical son distintos a los regionales, es decir, si aquél está peleando por un salario, seguro, contra la anulación de los programas de vivienda y frente a posibles restricciones de las libertades de los sindicatos. Todo ello no está íntimamente ligado a los objetivos de los movimientos regionales.

Ahora debo referirme a otro problema que es muy importante. ¿En definitiva está crisis la centralidad del movimiento sindical? La cuestión está planteada desde el punto de vista de si la clase que quiere tener para sí la centralidad, posee o no un proyecto político, social, general. Creo que el movimiento sindical, que es componente básico del movimiento popular, tiene aquel proyecto, el mismo surgió ya en 1952 y tuvo su plasmación en los objetivos de la liberación nacional y su enlace con el socialismo. Es evidente que hay una serie de sectores militares del movimiento sindical que se han desprendido, desde el punto de vista ideológico y de sus intereses, de este proyecto generador. Pero eso no continuará así.

El movimiento obrero minero ha perdido su hegemonía, su liderazgo dentro del movimiento sindical, eso es totalmente transitorio, porque si bien la Corporación Minera de Bolivia ha sido reducida y desmembrada, no hay que olvidar que la tendencia general de la política económica

de la oligarquía es a la privatización, pero, no a la eliminación de la industria minera.

Lo que vemos en este momento es que si bien se achica la COMIBOL, por otro lado, se da actividad minera, pero, a nivel privado. Uno de los principales inspiradores y ejecutores de la Nueva Política Económica, el señor Sánchez de Lozada, ha comenzado a tomar para sus empresas, a amplios sectores de la minería nacionalizada e inicia a formular proyectos para hacerlos funcionar; en el distrito de Potosí, por ejemplo, han aumentado los trabajadores en vez de disminuir.

Parece que surge un desplazamiento del sector estatal de la minería al privado. En este contexto puede haber un potenciamiento de la centralidad minera y su liderazgo, porque será un movimiento sindical enfrentado directamente con los intereses de los patrones, ya no con el Estado, es al patrón privado a quien disputarán los beneficios sociales así como sus reivindicaciones.

Se puede prever que, en un plazo no muy largo, en las dimensiones y la influencia económica que tenía el sector minero, puede haber una recuperación rápida, además, con la ventaja que habrá asumido su verdadera situación dentro del proceso de la producción asimismo los trabajadores asumirán la lucha por tomar parte de la ganancia de la empresa.

Otra cosa que hay que tocar, es el problema referente a la relación partido-sindicato, esto ha sido muy importante en los últimos años. Ningún partido que se precie de revolucionario, podía darse el lujo de prescindir y estar fuera del movimiento sindical, en gran medida, los partidos revolucionarios siempre se han expresado a través de aquél. Un partido revolucionario era reconocido como tal, en el grado de influencia que tenía en la COB y en el movimiento sindical.

Ahora, se observa un fenómeno que está transformando esta práctica y concepción, no digo que los partidos han comenzado a ser más importante que la COB sino que se profundiza la tendencia a que los sindicatos reflejen más exactamente esas posiciones partidarias. Esto acontece desde hace un tiempo atrás, encontró su expresión más clara desde el XXI Congreso de los trabajadores mineros en Oruro. Está expresado en el hecho que las acciones políticas, de manera incorrecta, toman la concepción de que a un documento político aprobado por un

Congreso, le corresponda una dirigencia que también pertenezca a la fracción que ha logrado imponer sus criterios políticos. Esta es una transposición peligrosa para el movimiento sindical; porque ésta es una traslación de los métodos orgánicos del partido al sindicato, que puede sentar las bases de una división del movimiento sindical Boliviano.

Operar de la manera anotada desconocería la presencia del pensamiento pluralista dentro del movimiento sindical, no se olvide que en éste hay desde obreros con ideas derechistas hasta fuerzas ultra izquierdistas y anarquistas. Dejar la concepción que hasta ahora regía la democracia sindical que respeta la pluralidad ideológica y pretender imponerle una sola visión, indudablemente, siembra los gérmenes de una posible división orgánica si es que el movimiento sindical no tiene la capacidad de librar una batalla ideológica para preservar la democracia. Este es un problema que se refleja claramente en un momento en que el movimiento sindical está tocando el fondo de su crisis, por tanto, tiene que formar las bases de su resurgimiento a corto plazo.

Ahora bien, hay que hablar algo sobre la composición social de la COB, uno de sus rasgos más importantes es que en su seno están alineados no sólo los obreros sino también trabajadores de otros sectores sociales. Están los empleados, campesinos, etc, que no siempre tienen las mismas aspiraciones económicas y políticas. Si bien ésta es una ventaja desde el punto de vista de la hegemonía de la COB dentro del movimiento popular, pero, simultáneamente esas clases han llevado al seno de la COB, posiciones de tipo social, ideológico y de intereses que no coinciden con los de la clase obrera y, en este momento de la crisis, juegan un papel disgregante. Así ha sucedido, por ejemplo, con los empleados públicos, ellos no han soportado el primer embate del Estado oligárquico en contra del movimiento sindical. Sin ningún inconveniente, han dejado de ser actores de esta lucha social, lo mismo sucede con los trabajadores de los sectores de servicios, maestros y compañeros de comunicaciones.

Lejos de ser un defecto, a pesar de no ser proletarios puros, ha sido una de las virtudes mantener a todos estos sectores, dentro de lo que nosotros llamamos movimiento sindical organizado y al interior de los marcos orgánicos de la COB.

Es indudable que la política económica del gobierno, en su proceso de profundización de la depauperación de las masas, pone a estos sec-

tores en una situación económica cada vez más aflictiva. Por el lado de la conciencia política es difícil que estas clases se incorporen a la lucha del movimiento popular, será más bien a través de sus reivindicaciones económicas. En esta situación, alguien tendrá que liderizar esta pelea; en algunos casos, se habla de la explosión social que es perfectamente posible, en ese momento es una ventaja que estén dentro de la COB, así adquieren una fuerza mayor que nosotros no creemos muy lejana. La reorganización de la COB puede darse de manera muy rápida, según sea la depresión de las condiciones de vida de esos sectores, y si es que el movimiento sindical sabe aglutinar y dirigir a esas fuerzas.

Ahora bien, hay una pregunta importante sobre quién asumirá la centralidad política en el campo popular, esto lleva implícito el hecho de que el movimiento obrero o sindical habría perdido esa centralidad, creo que este no es un problema simplemente de organización, está más bien ligado a la relación de lo que se llama pueblo y clase obrera frente al Estado oligárquico.

Creo que no hay la posibilidad de que una fracción de la clase dominante asuma el papel de un burguesía nacional; la primera característica de ésta es defender los recursos y potencialidades económicas de su país, para explotarla en su beneficio y nuestra burguesía no tiene esa capacidad dado que es totalmente tributaria de los organismos externos, principalmente, de los Estados Unidos. Actualmente, la clase capitalista industrial está siendo eliminada, pero, no reivindica al país para explotarlo como sucede en el caso venezolano, mexicano o ecuatoriano. Esta burguesía es totalmente dependiente, no es capaz políticamente, ni económicamente de llevar adelante un proyecto nacional. No se ven posibilidades para que ella asuma el liderazgo del país. El enfrentamiento económico y político llevará ineluctablemente al liderazgo de la clase obrera porque no hay otra alternativa.

Si vemos qué sucede en el campo, encontramos una reconcentración de la tierra en pocas manos. Es decir, que la Reforma Agraria está retrocediendo, ello lleva a una diferenciación de clase dentro del campo, no será muy rápida, pero es un fenómeno real. En el sector oriental del ámbito agrario, indudablemente que su fuerza en este momento, inclusive desde el punto de vista numérico, ha superado al de la clase obrera, es el proletariado agrícola el que está en la industria agropecuaria. Y más todavía, hay que agregar al bracero temporal que entró al régimen del salario.

La clase obrera y la COB no tienen aún la capacidad de influir y representar los intereses de éstos que ya son trabajadores agrícolas asalariados en el campo. Esta es otra vertiente que el sindicalismo debe comenzar a examinar y canalizar dentro de lo que genéricamente llamamos clase obrera, esos sectores, pueden, sin duda, fortificar el torrente común del sindicalismo en nuestro país.

Finalmente, en cuanto a la proporcionalidad de la representación directiva dentro de la COB, sostenemos que ella es expresiva no de la cantidad de los trabajadores sino de la calidad política de sus componentes, esta última subsiste aún en esta época de crisis que estamos examinando es decir, cuando ha desaparecido el Estado mediador, -yo lo llamo amortiguador-. En esta fase en que la clase obrera ha visto reducida su cantidad, resulta que hay un fenómeno contradictorio que es preciso tomar en cuenta: consiste en que los movimientos conflictivos son más duros, los trabajadores los sostienen con más fuerza que antes, por el simple hecho de que ahora es más difícil arrancarle al Estado o al patrón, lo que antes se podía obtener con la mediación del Estado.

Una prueba de que hay que examinarlo desde ese punto de vista es la huelga de los trabajadores mineros. En el momento que peor situación numérica y política tienen, es cuando han llevado a efecto acciones significativas del movimiento sindical boliviano: la Marcha por la Vida y la huelga de los 79 días. Esta parecía una huelga europea, por la firmeza de los obreros ella parece desmentir aquello de la pérdida de la centralidad política de los trabajadores mineros, es quizás todavía una muestra de la afirmación de su liderazgo dentro del movimiento sindical. Entonces, sin llegar a conclusiones, simplemente se debe señalar que este hecho hay que examinarlo con más detenimiento.

Mientras parece estar más en crisis el movimiento obrero, es cuando más se ha desarrollado el movimiento minero, efectuando acciones mucho más importantes que en el pasado. Esto se puede atribuir a que las contradicciones de clase, una vez desaparecido el Estado amortiguador, han adquirido la dimensión exacta, expresan más nítidamente la oposición entre movimiento sindical y oligarquía dominante en Bolivia.

Comentarista*: René Mayorga

La temática de este seminario y concretamente de la ponencia, exigirían comentarios bastante amplios sobre problemas que son muy controvertidos. Trataré de concentrarme en algunos aspectos, tanto teóricos como metodológicos, y más que respuestas a las preguntas o problemas planteados, quizás lo único que haré es formular una serie de incertidumbres y reflexiones.

En primer lugar, quisiera partir de una observación de carácter metodológico. Los autores sostienen que es necesario rechazar lo que ellos llaman **la concepción heroica de la historia**, por tratarse de una visión que se concentra en aquello que provee un rol central a las percepciones, a la voluntad y, quizás, a las prácticas subjetivas de los actores. Creo que este enfoque o premisa es bastante controvertible, aunque no se puede efectivamente reducir procesos políticos, sobre todo en contextos de crisis tan dramáticos como los que ha vivido el país, a posiciones de actores sociales.

Por otra parte, tampoco se puede soslayar -como hacen los ponentes- las prácticas, pautas y orientaciones subjetivas de los actores. Toda sociedad se reproduce no solamente con base en condicionamientos objetivos y estructurales, sino también en función a las decisiones y orientaciones que adoptan los actores principales. La reproducción social, además de estar mediada por contextos objetivos, tienen que ver con las perspectivas y voluntades colectivas.

Causa perplejidad que el estilo y perspectivas del trabajo, que son de un retorno a un estructuralismo vergonzante y tímido, que se avergüenza -en algunos pasajes- de que al final haya una apelación a

* Versión resumida de la exposición realizada por René Mayorga, elaborada con base en la transcripción de la cinta magnetofónica de su intervención.

masas, a la voluntad de los políticos e intelectuales; cuando en todo trabajo analítico es, precisamente, ésa la perspectiva fundamental, sobre todo, para comprender el desastre político que ha sufrido la COB y la izquierda durante el proceso democrático. Ese hecho, está totalmente escamoteado, a mi me parece que esta dimensión es bastante preocupante, porque se trata de intelectuales que han participado activamente en la política. Es como si no se quisiera reconocer la responsabilidad de las pautas políticas, de los principios que han defendido y como si se eximieran, -lo cual es una característica típica de la izquierda- de las consecuencias no intencionales y de los efectos perversos que han causado sus propias estrategias.

Además, la crítica a la concepción heroica de la historia, de la sociedad, no supone necesariamente desconocer el papel central que juegan las clases sociales, los partidos, los organismos sociales en la reproducción de la política, del Estado y de la sociedad.

Por otra parte, el argumento central de que el debilitamiento del movimiento sindical se debe a la pérdida de la centralidad de la clase obrera no es adecuado. Es un planteamiento de partida convincente, pero, la explicación de este tipo de tesis o hipótesis es controvertible, porque se trata aquí, -desde una perspectiva estructural-, de remitir las causas de la pérdida de la centralidad política, a procesos estructurales y a condicionamientos objetivos que se han producido en los últimos treinta y cinco años en Bolivia. Es decir, hay una suerte de explicación a través de un análisis de los condicionamientos estructurales, que parten desde una visión marxista ortodoxa: por descomposición de los ejes de acumulación, por cambios estructurales de las clases sociales y, por todas estas razones, se crearía un desajuste notable entre el movimiento sindical y las nuevas realidades que emergieron.

Ese tipo de explicación omite la especificidad de las prácticas políticas, de las orientaciones ideológicas y las contradicciones endógenas que sufrió el movimiento sindical boliviano y la izquierda político-partidista en su conjunto. Porque una cosa es sostener que hay contextos objetivos para las prácticas sociales y determinaciones estructurales dentro de las cuales actúan los partidos, los sindicatos y, otra, sostener que ellas prescriben o determinan mecánicamente la acción, las estrategias de los actores sociales. Es esto, precisamente, lo que supone la ponencia comentada.

El trabajo no dice nada acerca de cuáles fueron las causas específicamente ideológicas y políticas de la crisis actual del movimiento sindical. Sólo se refiere a los condicionamientos objetivos, suponiendo que las direcciones sindicales y políticas no pudieron hacer nada porque no asumieron, en sus concepciones ni en sus acciones políticas el desfase que se produjo entre las prácticas de las organizaciones sindicales y una realidad totalmente nueva. En términos sociales, políticos como ideológicos, ésta es una orientación epistemológica o metodológica que no permite entrar a un análisis real de la crisis del movimiento sindical, porque reduce lo coyuntural, la coyuntura dramática de los últimos años, a un efecto de un proceso de descomposición estructural de tres o cuatro décadas.

Se supone que la descomposición del Estado del 52, desde la posición de la estructura económica que surgió con esa Revolución, lleva no se por qué razones a la crisis actual, así se pierde la especificidad de la coyuntura actual, que es, precisamente, un momento en que el movimiento sindical entra en una crisis que no es exclusivamente coyuntural sino estructural e histórica.

Con la descomposición del Estado del 52, también la COB y el movimiento sindical, entran en crisis. A partir de esta tesis, propongo una visión alternativa, partiendo del reconocimiento que hacen los propios actores. La COB se caracteriza por una naturaleza contradictoria, por una parte, se definió por su centralidad política, por otra, asumió un rol mediador fundamental entre las masas y el Estado a partir del 52. Evidentemente, se puede constatar esa naturaleza doble, pero, al mismo tiempo debería hablarse de un aspecto contradictorio inscrito en la matriz constitutiva de la COB desde 1952.

Para explicar lo anterior habría que referirse a la tesis de que la clase obrera boliviana estuvo definida por un proyecto de transformación social e histórico. Pongo en cuestión la tesis de que la clase obrera boliviana tuvo un proyecto homogéneo, coherente. Si observamos las prácticas políticas y orientaciones de la COB, se podría más bien constatar que ella no fue un sujeto socio-político coherente, que articule las demandas corporativas, objetivos e intereses políticos de transformación, sino un sujeto que se convirtió en escenario o en "paraguas" en el que se presentaron y se desarrollaron orientaciones políticas e ideológicas muy diversas.

Los discursos estratégicos de la COB son expresión de una serie de concepciones contradictorias, tanto que, precisamente, provocaron que se desubique en el contexto democrático. La COB, los sindicatos, los partidos de izquierda, no supieron qué hacer con el proceso democrático porque reprodujeron esas contradicciones internas. Por ejemplo, la oposición, por una parte, entre una estrategia de democracia directa o basista, autogestionaria, identificada con algunos líderes sindicales como Filemón Escóbar que expresa una tendencia, evidentemente, importante entre los sindicatos mineros sobre todo y, por otra, las tesis clásicas que no se han verificado ni en el mundo occidental ni en los países subdesarrollados, o si lo han hecho no han llevado a una democracia socialista sino más bien el control burocrático del Estado, de la sociedad por el Estado.

La mayoría de los sindicatos y sus direcciones o los dirigentes de partido, nunca pudieron superar la visión puramente instrumentalista de la democracia, sobre todo, nunca se zafaron del falso dilema de la democracia representativa formal, que a criterio de la mayoría de los dirigentes, era sólo un encubrimiento de la dictadura burguesa y de la democracia directa. Esa contradicción descolocó al movimiento sindical, ante todo, a partir del VI Congreso de la COB.

Respecto de la matriz constitutiva de la COB, ella se caracterizó porque desde su nacimiento supo articular las demandas corporativas con las de carácter político. El fundamento de esa capacidad articuladora era una base ideológica: el nacionalismo revolucionario, en medida en que éste perdió su vigencia y entró en crisis, la COB ya no tuvo capacidad articuladora, justamente por ello, ciertos partidos de izquierda pudieron adquirir mayor influencia en los sindicatos. La crisis de la COB tiene mucho que ver con esta penetración de los discursos altamente contradictorios de los partidos de izquierda y la influencia que adquirieron en las direcciones sindicales.

La actual crisis de la COB responde -esta sería una hipótesis- a una penetración cada vez más profunda de los partidos de izquierda en sus direcciones. Por otra parte, esto también explicaría algo que no se tocó en la ponencia, el hecho de que en un proceso democrático se debilita ampliamente la COB, cosa que acontece no porque hayan sucedido simplemente procesos estructurales de cambio a niveles de la economía y de la estructura de clase.

Las pautas políticas del movimiento sindical se han demostrado inadecuadas para responder a los retos del proceso democrático, tanto, que la crisis de la UDP es también una crisis de la COB, en la cual se autodestruyen los principales protagonistas del proceso democrático. La izquierda hasta ahora no ha dado una respuesta a este tipo de problemas, porque todavía actúa primariamente y es incapaz de asumir no solamente la falacia de sus principales principios, sino también los efectos destructivos de su propia praxis política.

De esa manera, es imposible encarar la problemática de la crisis de la centralidad obrera, evidentemente ella está en crisis, porque la minería ya no puede jugar el rol central que cumplió a lo largo de este siglo. Lo está porque han surgido nuevos actores sociales, pero también debido a que sus prácticas y métodos políticos no han podido fortalecer sus principios estratégicos. De no ser así, cómo podemos explicar el hecho de que una clase obrera o un movimiento sindical que se había planteado la estrategia de la ampliación y profundización de la democracia en dos o tres años, se encuentre ahora en un estado de debilitamiento total que le hace imposible responder a los problemas y desafíos que le plantea la Nueva Política Económica del Estado.

Para analizar la crisis del actual movimiento sindical, no es correcto referirse exclusivamente a procesos o condicionamientos objetivos, sino más bien es preciso estudiar a fondo las estrategias, pautas, orientaciones ideológicas y políticas del movimiento sindical así como de los partidos de izquierda. Si no se toma en cuenta esa perspectiva, es muy difícil dar cuenta de la complejidad de la crisis, este último es un concepto muy repetido, pero, resulta que el estilo del análisis lleva a su reducción. Si se habla de complejidad, habría que referirse a multiplicidad de actores sociales, a diferenciación de lógicas de acción, a la imposibilidad de reducir lo político a lo económico, en cambio, lo que observamos es la tendencia a reducir lo político a una perspectiva estructural de cambios socio-económicos.

Para finalizar, me referiré a algo importante, a la dimensión de la crisis ideológica. Ella, en la ponencia, está planteada sólo en términos de dos factores, uno, en lo cual hay acuerdo: el nacionalismo revolucionario ya es un código que ha perdido vigencia en el país; otro, se habla de que están surgiendo nuevas pautas y parámetros ideológicos en el país, pero, no se mencionan cuáles son.

Pero, al hablar de la crisis ideológica como un fenómeno generalizado en la actual sociedad y en la política del país, también debería plantearse la crisis ideológica del marxismo, éste no está exento dentro de esta crisis; no es solamente un caso nacional, es europeo, latinoamericano, a nivel continental, porque, los principios fundamentales de la teoría marxista están en entredicho. Además, no hablaría de la teoría marxista sino de los diversos marxismos, porque no hay uno solo sino muchos, así como tampoco hay el **socialismo**.

Se sostiene repetidas veces que el objetivo histórico de la clase obrera boliviana es el socialismo, pero, si se estudian las distintas posiciones de los partidos políticos que actúan dentro de la COB, si se analizan las de los propios sindicatos, se puede llegar fácilmente a la constatación de que, las concepciones de socialismo que tienen son muy diversas. Sus intelecciones del marxismo también son distintas, de lo contrario no se podría explicar por qué los partidos, aunque todos se reclaman del marxismo, son incapaces de proponer una plataforma de acción unitaria.

Es decir que ese referente común al marxismo es la plataforma de su atomización y dispersión como partidos políticos, es también la plataforma para que ellos no puedan convertirse en partidos vanguardia, tal cual lo sostienen hace cuatro décadas. Hay, entonces, una serie de principios que están en crisis, la propia política de la COB en los últimos años, sus insuficiencias y debilidades se pueden sintetizar en la pérdida de la centralidad obrera. Todas ellas aluden, fundamentalmente, a sus estrategias y a las premisas políticas e ideológicas que les son subyacentes, la totalidad de ellas están en crisis, no responden a la realidad compleja del país que se ha ido constituyendo en la última década.

DEBATE*: CARACTERISTICAS Y SITUACION DEL MOVIMIENTO SINDICAL

Jorge Lazarte (moderador)

Creo que están en discusión problemas de la crisis, pero no parece estar claro en qué consiste ella, qué es lo que está en crisis, ni cuáles son los procesos que han conducido a la misma.

Otros temas abordados son: centralidad minera o centralidad política, sindicalismo y formas de representación política, es decir, la relación entre sindicato y partido y, finalmente, las posibilidades de recomposición del movimiento sindical a futuro.

Salvador Romero

La tesis del debilitamiento del sindicalismo no ha sido llevada hasta su punto final, resultando un tanto circular, esto está vinculado con la presentación de clases sociales que se hizo; yo no diría que el 52 las reestructura totalmente. Creo que ya con mucha anterioridad comenzaron a jugar un papel muy importante los sectores medios. Este proceso se inicia en 1899, año en que se produce la Revolución Federal que es un acontecimiento dejado de lado en el país sin otorgarle su verdadero significado.

Ese año marca el triunfo del país cholo sobre el país blanco, se expresa en el desplazamiento de la sede de gobierno de Sucre a la ciudad de La Paz, con el derrumbe de lo que podríamos llamar oligarquía en el

* Esta es una versión resumida del Debate, elaborada con base en la transcripción de la cinta magnetofónica de las distintas intervenciones.

sentido estricto, y se comienzan a imponer como clase dominante los sectores medios, primero, aliados a la oligarquía terrateniente y, luego, conectados a la clase minera.

Posteriormente, esa clase media juega un papel propio en la vida política alrededor de 1920-1925 cuando aparece el socialismo de Bautista Saavedra y más tarde en 1952 se produce su victoria. El contenido de clase media que da a la Revolución de 1952 explica la evolución posterior de ésta. Trata de ser la clase hegemónica sin tener las condiciones para ello, apoya a los sectores populares pero también se inclina a desarrollar una burguesía nacional. Esta clase, finalmente se constituye durante el período de Bánzer y no por una acción propia sino gracias al Estado y paradójicamente se consolida en el período de la UDP.

La burguesía nacional no conforma una clase unitaria, presenta grandes oposiciones y conflictos entre sus distintos segmentos, ello no le permite formular un proyecto hegemónico, el mismo que tampoco aparece en la clase proletaria. Es aquí donde se centra mi crítica a la tesis, yo pienso que no se ha ido hasta el fondo en la afirmación del debilitamiento del sindicalismo boliviano, porque es bueno advertir que el movimiento obrero de Bolivia, en la actualidad no parece estar presente, no posee ya la propuesta de una sociedad proletaria, de una sociedad alternativa.

La única posibilidad, que de alguna manera está contenida dentro del movimiento sindical, es que sea capaz en este momento, de expresar los intereses de otros sectores populares que ya no son exclusivamente obreros. La propuesta original estaba dominada por una centralidad obrera que en la actualidad parece difícil de repetirse. Coincidiendo con uno de los comentaristas, más que crisis ideológica lo es de hegemonía. Una crisis en la que no hay un actor social que sea capaz de proponer una nueva visión de la sociedad boliviana.

Francisco Zapata

Trataré de relativizar la discusión del caso boliviano a la luz de aspectos más generales. En primer lugar, se puede decir que en la situación actual, el problema del lugar de la clase obrera en el sistema capitalista está en crisis no solamente en Bolivia sino en muchas otras partes, incluyendo los países industrializados. Entonces, cabe pregun-

tarse ¿Cuál será el lugar de los trabajadores dentro de las nuevas formas que está asumiendo el sistema capitalista en la etapa actual de su desarrollo?. Esta es la pregunta central para analizar las condiciones que llevaron a debilitar la centralidad política de la clase obrera.

Un segundo aspecto en el marco boliviano, es el problema de la definición de nacionalismo revolucionario, aunque podría parecer elemental plantear que no hay una definición a nivel continental. Si bien en el plano político hay plataformas que se reclaman del nacionalismo revolucionario, cuando uno lo plantea a nivel comparativo surgen problemas. Porque si en México se habla de él y en Bolivia también, en ambos países no resulta claro a qué apunta el fenómeno.

Quisiera referirme a algunas características de esta filiación ideológica para cuestionar el supuesto que está presente en la ponencia, en el sentido que el marco ideológico de la Revolución del 52, es decir, el nacionalismo revolucionario, es compatible con la centralidad política de la clase obrera. Yo diría que no sucede así, pues, la lucha de clases no es un elemento nodal de una sociedad en la cual se promueve un proyecto nacionalista revolucionario; la unidad es un elemento central, y eso asimila el caso boliviano con el mexicano. Los promotores, los líderes, los caudillos de los procesos revolucionarios en México y en Bolivia, no son partidarios de una división dentro de la coalición que lleva a cabo el proceso revolucionario. Se oponen, podríamos decir, dos elementos centrales, el pueblo y la oligarquía, pero no la clase obrera y el capitalismo.

Otro aspecto importante es el problema cultural, es decir, el proyecto del nacionalismo revolucionario se plantea en países donde hay un elemento que corta por otro lado a la sociedad, ése es la división étnica, y aquí hay también un elemento unitario: es el proceso de transformaciones promovidos por todos aquellos que conforman una unidad en términos culturales.

Existe otro elemento teóricamente importante, es la primacía de la nación sobre la clase en términos de la formulación del proyecto. Ello en el contexto interno, pero en la relación exterior se opone la nación frente al imperialismo, por eso el nacionalismo revolucionario es anti-imperialista por definición.

Entonces, estos tres elementos, ausencia de una definición de con-

flicto de clase, unidad cultural y movimiento antimperialista, contradicen muy fuertemente la afirmación según la cual la centralidad política de la clase obrera es compatible con el nacionalismo revolucionario.

El problema que tendríamos que tratar de aclarar ahora es cómo reinterpretar lo que ocurrió entre el 52 y el 85, a la luz de una definición explícitamente formulada de lo que fue ideológicamente el proyecto nacionalista revolucionario, para no plantear que está debilitada esa centralidad, cuando quizás nunca estuvo donde nosotros creímos que estaba.

Me sorprende que en este país después de una larga tradición de interpretación de los fenómenos políticos, en términos que nunca fueron estructurales sino fundamentalmente sociológicos, se vuelva a esquemas que quizás otros países ya abandonaron. Es decir, tratar de explicar la política a través de la transformación de la estructura de clases, los cambios en la distribución espacial del desarrollo económico y una serie de factores que tal vez no son los que habría que utilizar.

Finalmente, sería interesante señalar explícitamente cuáles fueron las medidas, las decisiones, que emprendió el Estado del 52 para consolidar una clase como la que hoy existe, un grupo que está implementando un proyecto que está deshaciendo lo que se inició el 52. En este sentido, trato de ser dialéctico, a la vez que se implementaba el proyecto nacionalista revolucionario, se sentaron las bases de su propia destrucción.

Juan del Granado

Tengo una observación de método, el usado en la ponencia es si no equivocado por lo menos inadecuado para llegar a los objetivos que persigue este seminario. El planteamiento era tratar de superar una visión heroica, individualista, pero al mismo tiempo, trascender la coyuntura. Sin embargo, son estos tres elementos los que permiten una mejor comprensión de la situación del movimiento sindical, porque entiendo que en momentos de crisis es esencial analizar los problemas sociales, desde el punto de vista de la base.

Existe una reiterada apreciación -en la ponencia- de una visión cu-
pular de la crisis sindical, que consiste en explicar los problemas del

país a partir de la visión de los pequeños núcleos sindicales de dirigentes o de políticos; cuando son más bien las bases, el comportamiento de los trabajadores de base, los que hacen finalmente el sindicalismo, con comportamientos orientados por el heroísmo, el individualismo, que se cristalizan no a lo largo de largos períodos históricos sino en la coyuntura.

El planteamiento de la pérdida de centralidad política o ideológica, que hace referencia a la crisis del proyecto socialista de la clase obrera, es más bien un agotamiento -en la percepción de las bases del movimiento obrero y sindical- del nacionalismo revolucionario y no del proyecto abstracto socialista de la clase obrera, que solamente de manera instintiva en momentos de ascenso y de enfrentamiento global se liga al proyecto de las masas.

Se trata de una pérdida de centralidad ideológica que abarca una comprensión global de la sociedad, tiene que ver con los hechos concretos del enfrentamiento de clase. Es ahí donde encuentro la limitación, esta pérdida de centralidad está originada en la manera de incorporación del movimiento popular y sindical a la vida política del país a partir de los parámetros del nacionalismo revolucionario. Una vez que ella no concreta los anhelos colectivos, la centralidad entra en crisis, básicamente en la coyuntura de la UDP.

La percepción instintiva de la centralidad política de los trabajadores tiene cierta continuidad, reflejada en los primeros años de la acción movimientista estatal y lo que aparece como un intento de retoma en la UDP, ya que el grueso del movimiento sindical y popular captaba las posibilidades de cambio en el marco del nacionalismo.

Cuando esas esperanzas instintivas de las masas se agotan, con la frustración de la UDP surge la crisis o de pérdida de centralidad, pero no por la abstracción de la incompreensión del proyecto socialista de la clase obrera.

La centralidad política en términos de confrontación de correlación de fuerzas no se ha perdido, esto debe ser debatido. Si lo entendemos como la capacidad de ser el factor contestatario global y nacional, es evidente que el centralismo de la clase obrera se ha mantenido. Más allá de la reducción cuantitativa de los mineros, el sindicalismo ha conservado su capacidad contestataria, aunque no haya sido victoriosa.

La democracia obrera no debe reducirse a lo que acontece en los congresos, ellos no son expresivos del sentimiento de las bases obreras. Ahí hay un aparatismo llevado al extremo que ha vaciado por completo la democracia sindical, así ha sucedido en el Congreso de Santa Cruz donde la tesis política no la han elaborado los trabajadores en sus niveles de base, la hizo el Eje de Convergencia y el Partido Comunista y no la conocen siquiera los trabajadores.

El conjunto del país está en crisis, los comportamientos colectivos de los sectores sociales, los partidos, los niveles dirigentes; la ponencia no se salva de ello, analiza la crisis con un lente absolutamente equivocado, parte de supuestos teórico-ideológicos y no toma la realidad concreta del movimiento sindical y popular.

Gustavo Rodríguez

No hemos querido eludir elementos coyunturales para evadir nuestra responsabilidad, simplemente tratamos de matizar y enfatizar la cuestión estructural para intentar romper lo que parece ser un lugar común: la crisis de la COB como crisis de su dirección, compartimos esa idea, pero relativizándola.

Parece sugerente discutir cómo es posible conciliar una centralidad que se reclama a sí misma obrera con el discurso del nacionalismo revolucionario. Una de las pistas es pensar que al igual que no hay un solo marxismo no existe un único nacionalismo revolucionario. Eso permite conciliar la presencia de Lechín, que es una forma de expresión del nacionalismo revolucionario, con el discurso estatal nacionalista. No aparece una contradicción central y básica entre ambos, hay que pensar que el proceso del 52 facilita la difusión del discurso de la COB, en la medida que es portador de la misma concepción de nación planteada por el nacionalismo revolucionario.

Un proceso de homogeneización cultural muy grande está presente en el discurso de la COB, no obstante, hay una contradicción entre éste y las prácticas de la COB. Quizás con la excepción de algunos momentos, su estructura interna reconoce la presencia de una suerte de despotismo obrero, es decir, el 51% es el 51% que garantiza la dirección de la clase obrera.

Hemos enfatizado aspectos estructurales, pero, simultáneamente

sabemos que hay incapacidad de dar cuenta del conjunto de nuevas formas sociales que han aparecido en este país, tanto regionales como las de contenido étnico. Sólo el crecimiento cuantitativo de la clase obrera no asegura por sí mismo la recuperación del movimiento sindical boliviano, porque finalmente lo que está en crisis es el conjunto de prácticas sociales de la clase obrera. No basta que la izquierda apunte a la reconstrucción capitalista del país, puesto que por esa vía no se producirá la recuperación obrera.

Estamos conscientes de que hay no simplemente una crisis del nacionalismo revolucionario sino del marxismo. Se habla de éste en tanto producción en Bolivia, pero hacerlo a nivel global nos remite a otro problema. La construcción de la nueva izquierda se basa en la superación del nacionalismo revolucionario y de las formas estalinista y trotskista del marxismo.

Si la crisis de la COB responde a la penetración cada vez más profunda de los partidos, como se afirma, una visión más histórica demuestra que nunca hubo una penetración más honda que en los momentos posteriores al 52, sin embargo, eso no coincide con un período de crisis.

En lo que concierne a la relación partido-sindicato hay visiones distintas. Nosotros apuntamos la idea de que el partido, sustituirá al sindicato, ello está al margen de nuestra voluntad, corresponde al mecanismo de constitución de la escena política, al surgimiento casi inevitable del proceso democrático formal que requerirá que las clases subalternas medien con el Estado a través del partido y no del sindicato.

El problema de la burguesía nacional es sumamente importante, pero, creo que estamos en presencia de una nueva burguesía, que es más nacional en el sentido de su posición antiimperialista de su proyecto económico; ella ha logrado romper los círculos territoriales de su dominación, ya no son pequeñas oligarquías regionales sino una clase nacional, que parece ser más chola que en el pasado, tiene capacidad de encontrarse con la indígena, aun retomando lo folklórico.

Carlos Böhr

En el plano de las comparaciones, la diferencia entre Lázaro Cárdenas y el nacionalismo revolucionario boliviano radica en la insu-

rrección obrera. El populismo latinoamericano en general, no tiene un componente obrero como en el caso boliviano, ese hecho marca su especificidad.

En esa materia Zavaleta discute el problema de la dualidad, indaga respecto de la COB cómo puede ser poder dual si el proletariado estuvo preso del nacionalismo revolucionario que es una ideología burguesa. En la misma línea podemos plantear cómo pudo ser central el proletariado boliviano si finalmente dependía de una ideología burguesa.

La COB es central en tanto expresión de las clases subalternas, pero, es también mediación, ahí se conectan dos vertientes de una insurrección obrera que termina en una construcción democrático-burguesa, esa es la especificidad boliviana que hoy está en crisis.

Si la crisis no está propiamente en la centralidad, sino en la matriz de la COB, habría que explicar cuál era ella, cómo es que entró en crisis, la ponencia intenta demostrar ese hecho a través de un estructuralismo asumido ya que la hipótesis privilegia el ámbito estructural. Por otra parte, se duda que la Nueva Política Económica sea un proyecto de reorganización de la sociedad desde el punto de vista de la clase dominante porque existen contradicciones internas en el seno de la burguesía. Pero, no es necesario que los proyectos sean homogéneos, de ninguna manera, el hecho de que hayan disputas no implica que no sea un proyecto, otra cosa es que sea o no viable. Entonces, en este momento, el único proyecto que está funcionando, es el de la clase dominante y a eso apunta una de nuestras perspectivas.

Sería gravísimo para la marcha del campo popular y de las organizaciones de izquierda, no reconocer que hay profundos cambios en el proletariado minero que indican que difícilmente recuperará el lugar que le cupo desempeñar en el pasado. Hoy, por ejemplo, el peso no sólo cuantitativo sino cualitativo de los mineros de las empresas privadas es ya mayor que la fuerza de los de la empresa estatal.

Finalmente, desde el punto de vista metodológico está claro que un análisis que intente ser globalizador y explicativo, no puede privilegiar sólo lo estructural ni únicamente lo político. Hay que esforzarse por encontrar los niveles de operacionalización entre la estructura y el actor político. En este momento en Bolivia es imposible desarrollar un

análisis de esa naturaleza, pues, carecemos de la información empírica necesaria.

Habrà que señalar, entonces, que lo estructuralista de la ponencia es una característica autoasumida; para entender lo que está sucediendo ahora necesitamos identificar con mucha nitidez lo que aconteció a nivel de la estructura social, política, económica e ideológica.

/